

DIRIGES SU MUNDO, PERO...  
¿QUIÉN DIRIGE EL TUYO?

TRUE  
MAN



OSGONSO  
ÓSCAR GONZÁLEZ SOTO

# True Man

Óscar González Soto  
OSGONSO

Copyright © 2020 Óscar González Soto

La distribución, reproducción o transformación de la obra está sujeta a la legislación vigente y al consentimiento del autor. En las excepciones previstas, queda sujeta a la mención del autor como tal.

Todos los derechos reservados.

Asiento registral: 03/2020/163

*A quienes me han llevado hasta aquí*

PARTE I

1

2

3

4

5

6

7

8

PARTE II

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

Epílogo

ACERCA DEL AUTOR

—Guarda silencio y escucha. Tienes miedo. Y es normal.

—Esto no es justo. ¡Tiene que saberlo!

—No. A veces, la verdad importa menos que el poder seguir existiendo.

# **PARTE I**

# 1

Truman abre los ojos sin que ninguna cámara lo esté grabando o espectador televisivo alguno observe su despertar.

Apoyado contra el cabecero, echa la mano al despertador aún en silencio sobre la mesilla de noche y lo apaga. Toma aliento, se pone en pie y hace que el blanco pijama de tela y largas rayas azules se contorsione al estirarse. Luego, va directo a la ducha. Una vez vestido, se prepara su habitual leche sola con galletas María, se cepilla los dientes prestando tiempo a cada zona y sale por la puerta del piso, que cierra con dos vueltas de llave.

Ya en el ascensor, observa su aspecto.

El pelo negro y liso es corto y de corte clásico, ligeramente hacia atrás. Sus ojos castaños y oscuros siguen siendo tan castaños y oscuros como el día anterior. Su nariz, destinada a ser del todo afilada, se encuentra no obstante redondeada en su punta, cual si un estilete hubiese pinchado una pelota de gomaespuma. Sus labios son finos y claros, aunque esto no destaque tanto por un tono de piel de quien no pasa tiempo con el sol en la cara. En el mentón poco marcado no hay rastro de pelo: ante la insistencia de su dueño con la cuchilla, ya hace tiempo que ha renunciado a salir. Dos pequeños lunares brillan en su mejilla derecha. Y, sin embargo, ¿algo entre todo lo previo importa? Viéndole, yo no diría tanto.

Porque, ante el espejo, nuestro protagonista solo tiene ojos para que su anodina camisa conserve el planchado de la noche anterior y su puño izquierdo permanezca bien abrochado sobre el viejo reloj de agujas. También para que el pantalón liso y poco entallado debajo se mantenga a la altura debida sobre los zapatos. Y para que estos estén bien limpios, aunque haga mucho tiempo que hayan dejado de brillar y sus esfuerzos por conservarlos en buenas condiciones ya no puedan cumplirse en lo que a las suelas se refiere. Para cuando sale del ascensor, ni siquiera se ha mirado por encima de los hombros.

Llegando a la parada de autobús frente a su casa, solo tiene en mente su recelo a la idea de pelearse con prendas nuevas y desconocidas. Pensamiento que le priva de ver cómo, en la otra acera, una señora guarda un paraguas en un bolso rojo al cruzarse con un

tipo renqueando por el peso de su bolsa de supermercado.

Por ejemplo.

Llegando a su mesa de trabajo desde hace seis meses, cualquier tipo de incomodidad se le quita de encima.

Como cada mañana, una sonrisa ligera pero socarrona cruza su rostro al contemplar su orden con respecto a las del resto. Después, se dedica a abrir correos, imprimir documentos, leer párrafadas y cubrir formularios con algo similar a la paz interior. El papeleo, los impresos y las carpetas más o menos digitales hacen que la tensión en sus brazos se reduzca.

Aunque a veces...

—¿No es su hora de descanso?

Truman no tiene especial interés por satisfacer a su supervisora. Sabe muy bien que, mientras rinda a su nivel, su puesto está lejos de peligrar. Casi tanto como cree que los ascensos no llegan a la gente como él, trabajadora y responsable, sino a las parejas de pádel o golf de quienes tienen encima. No me malinterpretéis: no es que le preocupe en absoluto. Él prefiere disfrutar de la calma y seguridad de su silla —lejos de cotilleos y risas baratas— para poder acabar con tiempo, repasar y dejar todo recogido. Quién sabe: con suerte en algún momento aparecerá un puesto vacante en su tranquila ciudad natal. El café es lo de menos.

—Sí, acabo en un momento y bajo.

Oh, lo siento si esperabais otra cosa: en ningún caso la párrafada previa implica que nuestro protagonista sea un hombre asertivo. Así que, no sin sentir la mirada acusadora de una jefa que lo imagina un trepa, acaba por suspender el ordenador y tomar el camino a la cafetería.

Estratégicamente colocado en línea con algunos de sus compañeros y una gruesa columna entre medias, pide un café con leche a una señora a la que el azul uniforme ya parece quedarle algo grande. La tacita se presenta bajo las conocidas carcajadas al fondo, con un color más bien sombrío y cierto sabor a pozo negro. Suspirando, Truman se ve obligado a recurrir al azúcar refinado, producto en su lista negra desde cierta lectura meses atrás.

—¡Porque es una chica excelente! ¡Porque es una chica excelente!

Ahora, la menuda camarera se deshace en lagrimones mientras le introducen una banda por la cabeza, al tiempo que la mayor parte del local da palmas o silba con grandes sonrisas.

No seáis malpensados: él también sonríe algo. Aunque sí que es cierto que podría ser por la jubilación del origen del oscuro veneno: eso lo dejo a vuestra elección.

Agradeciendo su costumbre de pagar por adelantado, Truman acaba saliendo del local a medio pocillo y sin que nadie lo vea, al tiempo que los empleados de la cafetería empiezan a repartir tarta por las mesas. Algo le dice que la hora de descanso volverá a ser literal para la mitad de la oficina.

Nada más llegar a casa, se quita la ropa y va al cuarto pequeño. Bueno, en realidad, pequeños son todos, a la imagen del estereotipo de apartamento con un alquiler demasiado elevado para su tamaño. Cocina de paredes demasiado cercanas, baño con síndrome de metro, una salita para que pueda comer persona y media y un par de habitaciones: la de la cama de noventa con su mesilla de noche y la de los dos armarios, en la que a veces consigue abrir sin problemas la tabla de planchar.

Mientras en esta se pone las zapatillas, la camiseta y el pantalón de deporte, el súbito pensamiento de que ha sido un día corto le hace gesticular una leve negación con la cabeza. Cambiando su reloj de agujas por uno digital de plástico, trata de recordar la vuelta a casa de mediodía, el salmón, el cepillo, el regreso al trabajo para el turno de tarde e incluso parte de esta. Pero no lo consigue.

En fin: lo mismo es: ya está aquí, y su habitual media hora de running acabará con él en la segunda ducha del día y un buen yogur con cereales antes de una peli seguramente de los 90. ¡Quizás incluso *El show de Truman!*

No sin unos buenos y calmados estiramientos dentro, baja los seis pisos por la escalera antes de alcanzar la calle. Pese a que se esperaba lluvia, el cielo permanece entero a su salida y solo se rompe sobre él por la mitad de su trayecto habitual, en un parque cercano. Calculando la distancia, Truman piensa que quizás pueda evitar manchar el piso de barro si sale del camino de tierra y vuelve por las aceras y el asfalto. La idea no le resta fruncimiento al ceño: no solo la superficie dura es mala para las rodillas, sino que es un cambio en el plan. Sin embargo, lo novedoso de la nueva ruta y la buena

temperatura de la ciudad ya atardecida lo sorprenden con una sensación sorprendentemente agradable una vez se decide.

La gente apura el paso escapando del remojón, pero él avanza por el cemento y la piedra satisfecho, notando cómo los músculos agradecen pese al brío el que les dé mundo tras el encierro del día. La lluvia es ahora un velo fino que une las luces de coches, farolas y charcos con gran belleza. La brisa en los brazos le refresca y le cura, y Truman sonríe aumentando el ritmo cuesta abajo a una calle de su edificio, sintiéndose pleno. Quién sabe desde cuándo no tan pleno.

Es justo ahí cuando su zapatilla resbala en la pintura de un paso de cebra.

En apenas un segundo, se suceden ante sus ojos numerosas imágenes. La propia deportiva en su pie. La cornisa del anaranjado edificio a su izquierda. El cielo, negro arriba y enfrente a la vez.

Lo siguiente es el golpe sordo de la cabeza contra el asfalto.

Por un momento, Truman permanece recostado de lado. Siente cómo su cuerpo se encoge bajo el sonido y los destellos de los pocos coches que pasan más allá. Dos desconocidos para él se acercan y le ayudan a incorporarse. El instinto le lleva la mano derecha al palpitante lugar del golpe.

Espera encontrar una brecha. Su mano manchada de sangre.

Sin embargo, solo siente un bulto blando. Hinchándose.

—¿Quiere que llame a una ambulancia? —escucha decir a una mujer.

Él niega, recuperando la verticalidad con la ayuda de la otra persona:

—Estoy bien, estoy bien.

—¿Le pedimos un taxi o algo?

—No... No: vivo ahí.

Al cabo de un minuto muy largo, el mareo se ha reducido a los vibrantes latidos en la coronilla. Vuelve a sentir los coches a un lado, la lluvia en la cara. Insiste entonces en el «puedo solo», les agradece las atenciones y se dispone a completar su paseo ya olvidado.

La mujer recupera el paraguas del suelo, se ajusta el rojo bolso y desaparece calle

arriba. El hombre recoge su rebosante bolsa del supermercado y se aleja renqueando. Truman alcanza el edificio y, ya en el ascensor, esta vez sí se mira por encima de los hombros.

El empapado pelo deja caer gotas de agua sucia sobre las pálidas mejillas y la mal afilada nariz. La sombra de la hinchazón asoma desde la parte posterior derecha. Saliendo al rellano, duda sobre si ir al hospital y —no pudiendo apartar la mano del magnético bulto— trata de abrir con la otra.

Las llaves se le caen al suelo.

Pero no: no se le han escapado por torpeza, o por el leve mareo. Y no, no: tampoco porque la visión del reloj en su muñeca se lo muestre roto.

Las llaves se le caen al suelo porque recuerda haber dejado esas agujas al otro lado de la puerta.

(TM. 23 de febrero)

## 2

Bien: por ahora basta.

Me estiro en la silla sabiendo que su madera no lo hará conmigo, o tal vez sí, pero no entera. Como no me compre una nueva, no llegaré ni a la mitad.

Me levanto, duele, voy al baño.

Tras hacer lo mío, me inclino para poder verme en el espejo, cuya altura no está hecha para mí. Me da que me voy a lavar la cara. Y que debería haberlo hecho antes.

Cada vez tengo más bolsas bajo los ojos, oscuros tras las gafas de pasta que devuelvo a ellos. Están como el primer día, aunque ya hace mucho de este. Tengo el pelo algo sucio, y hace tiempo que no me veía tan larga la barba; supongo que me da un toque bohemio muy apropiado para lo que ahora hago, ¿no? Mi jersey marrón me sigue oliendo a armario aun llevando dos días fuera. Debería tirarlo, pero me da pena: debe de ser el único que aún me cubre entero. ¡Hasta disimula la curvita que de la felicidad tiene poco! En fin: es lo que hay, es lo que tengo para ofrecer. Vámonos.

La salita donde trabajo es cuadrada y pequeña. Compruebo que todo está apagado, retiro el portátil y lo meto junto al cargador en su largo cajón sin nada, parte del amplio armario en el que está la vieja tele, que nunca se enciende. A continuación, retiro el corcho con los *post-its* y lo introduzco en el siguiente, también vacío. Lo próximo es devolver a la vertical la tabla que he convertido en mi lugar de trabajo; la introduzco, invisible, tras el estrecho hueco que el armario deja con la pared. A continuación, muevo los dos muebles gemelos sobre los que la asiento hasta su posición habitual a un lado, recuperando su superficie las pequeñas figuritas de porcelana que a primera hora de la mañana saqué de ahí.

Nadie diría que hace nada esto era poco menos que un estudio.

Ahora, me dirijo a la cocina y saco de su armario el plumero, la escoba, el recogedor y una bayeta, que humedezco bajo el grifo del impoluto fregadero. Como siempre, repaso el pequeño comedor de muebles paleolíticos, la sala vuelta a la normalidad, la habitación grande y la del piano. Hoy no puedo evitar pararme algo más en ella.

No sabría negar que, mientras le paso el plumero sin necesidad alguna, el olor del

instrumento a un lado me saca cierta sonrisa. A su vera, el atril permanece en pie con una partitura cubierta a mano con la caligrafía fina y alargada que tan bien conozco. Justo enfrente, y entre el par de cortinillas para ahogar el sonido del instrumento, están mi título de Filología, mis másteres en Literatura y Escritura creativa y, más allá, los dos trofeitos que me llevé hace ya un par de décadas. Qué más da: estoy de vuelta.

Antes de salir, echo un vistazo a la fotografía en la tercera pared, iluminada por la luz azul de la ventana enfrente. Estamos muy guapos; incluso muy jóvenes, diría, intuyendo mi reflejo en el cristal del cuadro.

Bah, no hay nostalgia a la que dar lamentos. Y no os preocupéis, trofeillos: os daré compañía.

No voy a decir que esté en mi mejor etapa. Noto la inactividad: tengo la muñeca o, mejor dicho, los dedos oxidados. Al fin y al cabo, ¿cuánto ha pasado? ¿Quince años? No, pero ya casi están ahí: iba a hacer catorce con el jefe en junio. Hecho que ya no va a ser, evidentemente.

Supongo que no debería haber dejado de escribir, pero es muy fácil decirlo cuando no te tiras años sin que te publiquen, ni ganes un duro, ni encuentres un trabajo relacionado. Es muy fácil creer que quien saca el mejor expediente de su promoción tiene puesto seguro y que quien tiene talento siempre va a poder agarrarse a él para mantenerse. Pero, si algo he aprendido de trabajar con Claudio Pujaldes, es que el dinero es lo que llama al dinero y que los contactos pesan más que las matrículas de honor. Ahora lo sé; seguramente, ya sea lo que más sabré nunca.

Es solo que cuando, años después de salir de la universidad, tus excompañeros se sorprenden de que te dediques a lo que te dedicas, no piensan en ello. No se acuerdan de quienes les han enchufado, no piensan en las mentiras que han dicho para acceder a puestos en los que no son tan válidos como pudieses serlo tú.

Y no: no es que yo sea un tío honesto. No, hace mucho que no: estoy quemado, gastado. Pero ya lo creo que lo era. Un puñetero criajo con sueños de reconocimiento en un sector que entonces se movía por la popularidad, y ahora ya ni reconoce otra cosa.

En fin, que da lo mismo: ahora, vuelvo a estar aquí.

Calentaré con Truman, volveré a estar fuerte y recuperaré lo que nunca tuve, pero sé mío. Sé que no podré hacer nada contra esos niñatos a los que les publican por el mero hecho de haber salido en la tele, sé que no seré la imagen de ninguna campaña de gran

editorial. Pero no será por voluntad, ni por tiempo. Más allá de atender a todas esas ofertas de empleo en las que lo de «Inscrito» siempre acaba dejando paso al «Descartado».

Conozco de sobra mi situación. Sé que no volveré a trabajar de lo mío, o de lo que estos últimos años se volvió tal. No así, no tras lo ocurrido. Y también estoy al tanto de que nadie va a contratar a un hombre de mi edad para algo que se le dé bien si no hay una experiencia demostrable detrás. No soy imbécil. Como mucho, un imbécil. No sé para qué pierdo el tiempo buscando.

O, bueno, sí.

Supongo que es motivo suficiente para un amargado como yo, encerrado entre cuatro paredes, necesitado de una ducha y con... *esto*. Debería darme una ducha. Creo que voy a darme una ducha.

Me meto bajo el chorro con cierta dificultad y recibo el agua en la amplia espalda. Me enjabono, con cuidado, sentado a la pequeña banqueta en el centro. Esta ducha es demasiado pequeña, pero eso ya lo sé, no sé ni para qué digo nada. Salgo. Me seco en el mismo baño. Duele. Es lo que hay.

Me visto con algo que no me sienta tan bien, me meto en la cocina y pongo una olla a hervir. Después de todos estos años comiendo en restaurantes con exasperante pasión por el aceite, le he pillado el gusto a la cocina. Contando que al llegar a casa era lo que menos me entraba, solo los fines de semana tenía acceso a la sartén. Ahora, tengo día tras día la sal y la pimienta en la mano.

Pongo la mesa en el contiguo comedor. No sé si lo he dicho, pero su mobiliario recuerda a tiempos del cólera, y sin amor. ¿Por qué no puedo dejar de querer tirarlo todo y poner algo nuevo cuando sé que esto es un alquiler y mi paro ha dejado la cuenta sin un duro? Calma. Calma, joder, no pasa nada... ¿qué es ese ruido?

Mierda: el agua se sale.

Me lanzo a la cocina, tengo que bajar el fuego. ¿Eh? *iAgh!*

He resbalado en el azulejo y me he dado un soberano costalazo. ¿Cómo narices me he resbalado...? ¡Dios, qué asco!

Me encuentro la mano derecha en la cabeza. Pero ¿qué hago? ¡Si no me he dado!

He caído hacia atrás entre las dos habitaciones, pero mi espalda ha absorbido todo el

golpe.

Levantarme más de noventa kilos tras semejante leche no es fácil, pero he de sacar la olla. Volviéndome boca abajo, trato de sujetarme contra la pata de la mesa, detrás. Me levanto y, apoyando el torso contra su superficie, recupero la vertical entre jadeos propios y agudos chillidos del agua contra el calor. Luego me giro hacia la cocina.

Y descubro los dos ojos azules mirándome fijamente.

—Ya... estoy en casa.

### 3

Aunque siga sin haber cámaras o telespectadores, cuando Truman despierta a la mañana siguiente, el despertador sí suena.

Apoya la espalda contra el cabecero y entierra las yemas de sus dedos entre el pelo, aún con restos de arenillas. La hinchazón prácticamente ha desaparecido, por seguro gracias a las tres gelatinosas bolsas que siempre guarda en el congelador. Lástima que las dos valerianas no hayan hecho efecto antes.

Bosteza cuando nunca lo hace y se pone en pie entre quejidos varios. Quitándose el pijama por una vez no contorsionado, comprueba lo que imagina: la pierna y el brazo derechos tienen un tono violáceo, con pequeñas cicatrices a lo largo de su superficie. Decide que las zapatillas de correr se van a quedar en el armario toda la semana.

Ahora, ducha, ropa, leche, galletas maría, dientes, llaves y ascensor. Aunque no ha planchado el día previo, siempre tiene una camisa colgada de reserva. No así, un reloj de sus padres.

¿Lo habrá imaginado? Las diferentes incomodidades físicas le han incordiado lo suficiente como para quitárselo de la cabeza, pero —para un tipo con los calcetines ordenados por cuatro tipos diferentes— no deja de ser algo preocupante. Cada día, abre el armario, se pone las zapatillas, el pantalón corto y la camiseta y saca el Casio negro de la caja para meter en ella la ya reliquia familiar. ¿Realmente no lo ha hecho justo el día en que se estrella?

Obviamente, no. ¿Qué explicación tendría el reloj roto que se dispone a introducir en el bolsillo?

Dudo de si introducir la marca de elipsis previa, ya que ha pasado del ascensor al trabajo sin apenas percatarse.

La falta de preguntas sobre el tomate en su cabeza le invita a creer que ya ni se le nota. Encontrando paz por primera vez desde los faros, farolas y reflejos, se dedica a abrir correos, imprimir documentos, leer parrafadas y cubrir formularios. No es que hoy el papeleo, los impresos y las carpetas más o menos digitales le hagan relajar los brazos,

pero al menos se distrae.

Aunque...

—¿No es su hora de descanso?

El déjà vu lo alcanza y golpea como a cualquiera. En cualquier caso, no más que el asfalto del paso de cebra:

—Sí, acabo en un momento y bajo.

Os diría que no suspende el ordenador y baja a la cafetería sin sentir la mirada acusadora de una jefa que lo imagina un trepa, pero bueno: las sensaciones de Truman abandonando la seguridad de su oficina ya podéis imaginarlas.

Llega abajo, se sienta a la mesa de ayer y, por un momento, se sonríe ante la falsa amenaza de que aparezca la anciana camarera. Quien se presenta ante él es una joven con coleta rizada y acento cantarín:

—¿Qué va a ser?

El absurdo alivio que siente casi le lleva a la estupidez de repetir error, pero finalmente esto acaba en:

—Un manchado, por favor.

Mientras espera, saca el reloj del bolsillo y lo observa.

No es que sea una pieza de coleccionista: se trata del típico reloj de abuelo recto, de esfera amplia y deslucida, con tres agujas y una pulsera que debe de ser ya la cuarta.

Esta misma tarde lo llevará a arreglar, no parece grave. Solo el cristal de delante, abierto por la mitad.

—¿Lo has roto al hacerte eso?

La camarera de rizos y coleta ha vuelto para servirle en la tacita la leche de lo que, esta vez sí, parece un café en condiciones. Truman la observa con cierto desconcierto, aunque la mirada solo le dura lo suficiente como para percibir que el afilado mentón de la chica apunta a su chichón.

—Sí. Ayer. Saliendo a correr.

La joven asiente y se va a atender a otra gente, aunque no creo que él haya llegado ni a

ver lo primero. No es que ella en especial lo intimide, es que a nuestro protagonista suele costarle mirar a las personas. Al menos, el tiempo suficiente.

Una vez acabado el turno de tarde, Truman se dirige a la joyería más cercana a la oficina. Se ha informado de su localización antes de volver a esta tras el almuerzo: el trabajo no es para estar en internet.

Tras los dos tonos del pitidito de que alguien entra, le espera una señora de cierta edad. Por un momento, cree haberla visto antes, aunque no sabría decir dónde. Es bajita, de traje oscuro y gafas doradas, aunque su aspecto es lo de menos, no os preocupéis: Truman al menos la olvidará fácilmente, quién sabe si de nuevo.

—¿Cristal o plástico?

—Cristal, cristal —responde él, al borde de la mueca al imaginar su reloj familiar con una esfera de plástico.

El doble pitidito vuelve a cantar y la casi anciana da las buenas tardes al tiempo que la recién llegada. El gracioso acento de esta última resulta esta vez claramente reconocible a Truman, que dirige un leve asentimiento a la joven de la cafetería y, tras dar su nombre y un teléfono, se despide de su momentánea compañía.

Al día siguiente (y tras despertar, contorsión, ducha, ropa, leche, galletas maría, dientes, llaves, ascensor, bus, correos, documento, parrafadas, formulario), su supervisora ya no tiene que decirle nada. Sintiendo la mirada a punto de hacerse voz, suspende el ordenador y baja.

El café vuelve a llegar con la joven del día anterior:

—Tiene mejor aspecto.

Truman ni necesita ver el mentón para entenderla.

—Sí. Está mejor. Gracias por preguntar.

Realmente, así lo siente. La tarde anterior no pudo evitar pensar, ante el espejo del ascensor subiendo, que sí se veía con nitidez y que el hecho de que solo la nueva camarera se hubiese molestado en aludirlo decía muy poco de la educación de sus compañeros de trabajo.

—¿Empezaste ayer? —le pregunta entonces, sintiéndose en deuda.

—No: llevo un par de semanas —responde ella sin inmutarse, mientras sirve la leche, humeante—. No es bueno esperar al día siguiente a una jubilación para meter a alguien nuevo.

Truman asiente, sin poder evitar apartar un poco la vista.

Pese a sus peculiaridades, Truman difícilmente recordaría la cara de la chica del café de cruzársela por la calle tras una semana sin topársela. Como es obvio: no es el caso.

Al día siguiente y como a nadie debería sorprender, es ella de nuevo quien le sirve el manchado. Pero es que esa misma tarde vuelve a encontrársela al ir a recoger el reloj.

En este caso, ella es la atendida y él quien tiene que esperar. La chica sale ondeando la rizada coleta y riéndole la nueva casualidad a Truman. Este no puede evitar que, al apartar la vista tras el medio segundo de contacto visual, se le salga una sonrisa no muy abierta.

Sonrisa que, por desgracia para él y ya con ella lejos, no le dura mucho.

—Este no es mi reloj.

La anciana dependienta entrecierra los ojos tras las gafas, leyendo la tarjeta en el sobre del que ha sacado un Casio de envidiable aspecto:

—Me temo que sí, señor. «Cambio de cristal. Truman X ((ACUÉRDATE DE PONERLE APELLIDO, TOM)). Teléfono: ...»

Pero Truman ya ha empezado a perder el color:

—El mío era un reloj de agujas —explica, casi para sí—. Ancho. Viejo. ¡El típico reloj de abuelo...!

Las finas cejas de la mujer también se recogen tras sus monturas.

—Trataremos de encontrarlo, pero me temo que se equivoca. Me lo dio a mí misma, ¡incluso recuerdo atender a esa chica después! Era este reloj, señor.

Truman saca la cartera y pide que le diga cuánto le debe. A continuación, sale por la puerta, rápido en la medida que su calma física habitual le permite.

Monta en el primer autobús que le lleva a casa y ofrece un tenso saludo con la palma de

la mano a la camarera, sentada cerca del fondo con el ceño fruncido ante su visión. Él permanece en el centro del vehículo y baja antes que ella. Sube los seis pisos y —sin espejo de ascensor, ni llaves al suelo— se encuentra en la habitación pequeña, ante el armario de la ropa de deporte y la caja de los relojes.

Estirando la mano para alcanzarla, nota que tiembla un poco. No sin un suspiro cinematográfico, la abre.

Como todos esperamos, descubre dentro el reloj de agujas, tan intacto como cuando lo dejó antes de salir a correr por última vez.

De su bolsillo, saca su viejo Casio negro, rejuvenecido tras ver su gastado plástico vuelto cristal por el arreglo en la joyería.

Truman se sienta ante el mueble, con la espalda apoyada contra la fría pared cercana. Piensa que tiene que haber sido un despiste. Más bien, trata de convencerse de ello.

En un gesto que, de conocerlo, a nadie sorprendería, busca el número de teléfono de la joyería y se disculpa ante la voz de la dependienta. Aunque en lo básico siente que no es cosa suya, algún tipo de culpabilidad sí le arruga la frente y decide salir a la calle para que un buen paseo le despeje.

Durante cerca de una hora, camina. Entre edificios anaranjados, pálidos e inexistentes. Solo se detiene cuando los dolores en el costado derecho le invitan a parar con mayor insistencia. Descubriendo a pocos pasos un bar, entra y se sienta solo a una mesa algo apartada.

Pese a que la obligación matutina hace que ya esté algo acostumbrado a ser víctima de sus prejuicios, siempre ha visto como «raritas» a las personas que se sientan solas a tomar algo, de ahí que tener que protagonizar la escena en horario de ocio le haga sentirse aún peor.

Por fortuna, el local está vacío.

—¿Qué va a ser? —le dice el camarero.

Se trata de un hombre unos cuantos años mayor. Que también le suena, de hecho.

—Eh... —«café no, que luego no duermes»—. Un agua.

El camarero no puede evitar un cierto gesto de rechazo antes de ir a por ella, renqueando ligeramente.

Truman se lleva una mano a la frente y junta los dedos índice y pulgar deslizándolos desde las sienes para acabar tapándose los lunares y la boca con todos ellos. ¿Debería haber ido al médico? No: isi no tiene nada! La hinchazón ya se ha ido, como mucho quedará un ligero hematoma oculto por el cabello, y en lo demás está perfecto. Lo del reloj solo habrá sido un pequeño despiste, nada grave. Por lo demás, todo está normal.

—Vale, esto ya es preocupante —escucha decir a alguien que ríe—.

Dos mesas más adelante, la figura de la camarera de rizos se alza entre las mesas.

(TM. 24 de febrero)

## 4

Tengo que parar.

Me gustaría poder redactar la escena seguida, aunque luego la despiece en dos o tres capítulos. Pero es que no puedo más. A lo de siempre, se suma la molestia que el trompazo de ayer me genera. Joder si me la genera.

En cualquier caso, no sé qué me ha dolido más, si el golpe o preocupar a Aline.

Jamás he conocido a alguien capaz de transmitirme tanta calma y sensación de paz. Y, por supuesto, jamás he conocido a nadie que haya amado en todo momento.

Aline es mi equilibrio, mi sueño y mi suerte. Hubo un tiempo en que no me acostaba un día sin preguntarme por qué se había fijado en mí. Ahora solo me pregunto qué hago para merecer que se haya quedado.

Mi memoria guarda como oro en paño aquella tarde noche. Yo al volante, ella en el retrovisor. Las miradas a través del espejo y las preguntas que no supimos evitar:

—¿Así que canta?

—Y usted conduce.

—Para Claudio, sí.

—Haga el favor de agradecerle de nuevo el ofrecimiento de que usted me acercase. Conduce muy bien. El señor Pujaldes es un hombre afortunado.

—Créame, más lo soy yo por poder llevarla. ¿Se encuentra mejor?

—Sí, mucho. Puede que hoy los dos seamos afortunados.

El recuerdo de su voz desde mi espalda aún me paraliza el pecho. El de aquella desde el escenario, aún me remueve el alma.

La música marcó a Aline su vida entera. Con apenas siete años, había cruzado los Pirineos por las posibilidades que la nueva ciudad le daba a su familia, y de rebote a ella. Sus historias hablan de inacabables horas de lenguaje musical, piano y canto tras el colegio; no así de padres duros o hermanos resabidos: eso nunca. La adolescencia trajo a su delgado cuerpo los musicales, y sus pequeños zapatos pisaron tablas en

buena parte del país quizás demasiado a menudo, quizás demasiado temprano.

El dolor que me taladra cada vez que me levanto trata de recordarme que he tenido un día peor en mi vida; sin embargo, para mí siempre lo será ese rostro derrotado y resignado, dándome con su ya casi perdido acento francés la noticia del adiós a su vida escénica. Llevábamos dos años juntos cuando le diagnosticaron los nódulos y la obligaron a parar. A los tres, llegó la retirada indefinida.

Adiós a los aplausos. Adiós a los viajes. Pero, sobre todo, adiós a esa voz que conmovía auditorios enteros y que desde entonces fue solo para mí y los chicos de la academia.

—Ya estoy en casa.

No puedo evitar sonreír por poder recibirla de pie. Supongo que tampoco porque sepa resistirme.

Creo que, aun en mis condiciones, le saco cabeza y media. Su larga melena, lisa y negra, me llega hasta las rodillas. Su piel, blanca sobre el pañuelo al cuello, brilla sin mancha alguna en torno a esos rasgos pequeños y delicados, casi de muñeca. Pese al tiempo a su lado, sus ojos azules hielo tan cerca hacen que lo de respirar me resulte extraño.

—¿Qué tal ha ido? —susurro.

—Muy bien —sonríe, abrazándose como tan bien hace—. Solo era cuadrar horarios. ¿Qué tal tu espalda?

—No ha sido nada —miento—. Pregúntale al suelo, que se ha pasado la mañana llorando.

Sigo preguntándome cómo pude resbalar. De hecho, en exceso.

—Para la próxima, Tom, te secas bien antes de ir por la casa —la escucho decir desde la cocina, mientras pone la mesa en el otro cuarto. Es curioso cómo utiliza la voz para que, sin necesidad de levantarla, se la pueda oír muy, muy clara.

Insiste en que debieron de ser gotas en el azulejo por no secarme bien el pelo tras la ducha, pero yo vi el suelo seco. Ante mis absurdas cavilaciones sobre el tema mientras comíamos ayer, Aline había sacado su habitual risa clara y armónica:

—¡Con lo que tardas en levantarte, tendría tiempo de sobra para secarse!

Yo había fingido un gruñido con bastante éxito. Al fin y al cabo, sin ella, es todo lo que hago.

Acabada la comida de hoy —unas judías verdes con atún, huevo cocido y mayonesa— vierto un calmante en sobre en un vaso de agua y trato de que ella no me vea demasiado. No es que le moleste: conoce mi dolor y que tengo que tomarlo. Soy yo el que siempre se niega, hartado de medicarme.

Me acuesto un rato para que me haga efecto. Ella se encierra en su cuarto de trabajo: no quiere molestarme con el piano, aunque le he dicho mil veces lo poco que lo hace.

Entre las atenuadas notas de su nueva composición, me duermo y sueño ligero, con cortinas que se mueven sobre mi cabeza y mesas de oficina en las que folios y folios de relatos se acumulan en torno a trofeos usados como pisapapeles. No sé cuánto he dormido hasta llegar al punto en el que conduzco por la oscuridad y, sin previo aviso, algo me aterra y me despierta.

Boqueo, entre fuertes latidos y agarrones a las sábanas. Tardo un poco en tranquilizarme, pese a no ser algo nuevo.

Me pasa desde aquel día. Demasiado. A veces me cuesta conciliar el sueño, aunque los calmantes para lo otro suelen ayudarme.

Me levanto, ligeramente desorientado, y camino hacia la cocina con el sonido de una melodía suave llegado desde el fondo del corto pasillo. Cojo el primer vaso que encuentro, sobre la mesa, lo lleno de agua y lo meto en el microondas. Obviamente, no voy a tomarme otro sobre: con un par de tilas o algo por el estilo me basta. Saco los saquitos de papel y espero a que el recipiente deje de dar vueltas con el tañido de la falsa campanilla. Abro la puerta, lo alcanzo.

«¿Pero qué...?»

En el fondo del recipiente hay algo blanco y espeso. Gruñendo, esta vez de verdad, lo llevo al fregadero y vacío el agua al borde de la ebullición. Una especie de gelatina blancuzca permanece en la pequeña rejilla del desagüe. Le echo mano, sin entender qué puede ser y lo aprieto ligeramente entre los dedos pulgar e índice.

Noto que niego con la cabeza cuando me doy cuenta de lo que estoy tocando.

Es clara de huevo.

## 5

Viéndola acercarse entre las mesas, Truman observa a la chica que tiene enfrente, quizás por vez primera.

La coleta ha dejado paso a unos amplios rizos, entre el castaño y el caoba, que se extienden desordenados alrededor de una cara —pese al mentón— más bien redondeada. Esta se encuentra espolvoreada de pecas en las tiernas mejillas bajo los ojos grandes y marrones. Sus labios son carnosos y coloridos. Bajo todo ello, Truman encuentra los vaqueros y el jersey de lana sobre un cuerpo regular en sus formas y, como mínimo, tan alto como el suyo.

Que tampoco es de gigante, dicho sea.

—Al menos invitarás, ¿no? —le dice ella con una voz que Truman descubre cantarina más allá del acento. Luego, aparta la silla a la izquierda de este, apoya una pesada bandolera sobre su mesa y se sienta, estirándose contra el respaldo de la silla—. Bueno, ¡cuéntame!: ¿quién de los dos acosa a quién?

Truman por un momento duda de si eso puede ser cierto, pero la sonrisa clara de la chica y el cansancio acumulado hacen que le dé muy igual.

—Me llamo Gracia. —La chica extiende una mano que, al ver devuelto el gesto, aprieta con decisión—. ¿Y tú eres...?

—Truman, Truman.

—Pues encantada, Truman Truman. —¿Esto sigue haciendo gracia a día de hoy?— ¿Qué hace un oficinista como tú en un sitio como este?

Revisando el gastado y vacío local, a Truman le sorprende más bien lo contrario.

—Tuve que sentarme. —Por un momento, cierto orgullo le lleva a querer negar la evidencia, pero al final cede por falta de ideas—. Tengo morados en la mitad del cuerpo.

El renqueante camarero les pone el agua y un refresco. Truman imagina que la ha pedido directamente en la barra.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

Gracia apoya la mano sobre su bolsa en la mesa.

—Suelo venir a estudiar a bares con poca gente. —Viendo el ceño de Truman fruncido, se explica—: Mis compañeras de piso suelen liarla bastante a estas horas y no tengo tiempo antes, entre las clases y el trabajo. —Abriendo ambas palmas, aludiendo al local, añade—: Me críe en el restaurante de mis padres, estoy acostumbrada al ruido de copas. Mucho más que a las risitas de sus ligues y las miraditas de salidos en la biblioteca.

Truman aparta algo más la vista, sintiéndose en algún punto aludido.

—¿Cuánto llevas en la ciudad? —pregunta ahora ella.

—¿Se me nota mucho?

—Bueno, supongo que no tanto como a mí, pese a ser de más cerca.

—Seis meses. ¿Tú?

—Cinco años. —Su rostro se ensombrece sobre las pecas—. Espero que sea el último. No puedo hacer los cursos enteros, tengo que trabajar para ayudar en casa y pagar las facturas de aquí.

—¿Quieres volver?

—¿Te sorprende? —Lo cierto es que sí. Truman ve ante él a una joven espabilada, con un futuro más allá de los estereotipos que forman su imagen del acento—. La vida aquí me deprime. La gente va a lo suyo, no ponen una buena cara a nadie. Solo aparentar y aparentar. Yo prefiero lo de poder sentarme a tomar algo con la gente sin casi pedir permiso.

Él le sonríe ligeramente. No es que vea normal lo de sentarse en mesas de desconocidos, ni tampoco es que sea el más social. Sin embargo, las palabras de la chica le recuerdan por qué volvería mañana mismo a casa.

—¿Tú no volverías mañana mismo a casa?

Truman no puede evitar dar una leve sacudida a su cabeza ante la aparente lectura de mente.

—Aquí estoy bien —arguye—. Cobro bien, tengo un puesto fijo, ilo cual es decir mucho...! —Ríe, pero al ver a ella seria, le da un sorbo al agua—. Ya habrá tiempo de volver.

—Te gusta lo que haces, al menos.

—Está bien. Se me da bien —precisa, mirando una mesa vacía—. Si la gente hiciésemos lo que se nos da bien, las cosas irían mejor. —Luego, echa la mano a la bolsa de ella, aunque la retira antes de tocarla—. ¿Tú qué estudias?

—Gestión de hostelería. —Claro—. Las cosas no van tan bien en el restaurante. Espero aprender algo para levantarlo.

—En la cafetería vas bien —apunta él—. Creo que hasta me volvería a atrever con el café con leche.

—Les comentaré que lo de limpiar la máquina funciona —aprueba ella—. No me creían. Ríen, él con más tibieza que ella, antes de mirar la hora en su muñeca.

—¿Heredado?

El silencio se extiende un turno más de lo previsto.

—Mis padres me lo dieron al conseguir mi primer trabajo —cuenta—. Era de mi abuelo, se lo trajo de su época en Suiza. No es que nos vayan mucho estas cosas, pero bueno...

La frase seguramente acabaría con un «siempre está bien algo así», de no ser porque no cree que vuelva a ocurrir.

—Vaya susto al verlo roto, ¿no?

—Sí, me lo rompí al hacerme lo de la cabeza, lo vi al llegar a casa. Hasta se me cayeron las... —Truman siente cierto golpe en el pecho—. Un momento... ¿Tú me has visto roto este reloj?

—Sí, claro —asiente ella, devolviendo el refresco a la mesa tras beber un poco—. Lo tenías en el desayuno. Se te veía apenado. —Ante la reacción, añade—: ¿Estás bien?

Más que estar mal, siente frío.

¿Qué le está pasando?

—¿Estás bien? —repite ella, frunciendo el ceño y a la vez mirando a los lados por si tiene que avisar a alguien.

—Sí... Sí. —Trata de calmarse y poner orden en sus pensamientos—. Me están pasando cosas raras desde hace unos días.

Truman está demasiado centrado como para ver la cara de póker de su acompañante, que tal vez empiece a lamentar haberse sentado con él.

—No será nada, hombre. Todo tenemos días raros...

—No: esto es diferente —explica él, con la mirada perdida, pero tono más seguro—. El lunes, antes de salir a correr, dejé el reloj en su sitio y me llevé el de plástico para que no se rompiese, estoy casi seguro. Pero al volver, tenía el otro en la muñeca. Luego, lo llevo al trabajo y tú lo ves, y me voy a la joyería a que lo arreglen, pero cuando me lo devuelven en la joyería no es este, es el de plástico, y al llegar a casa este está en su sitio...

Gracia empieza a mirar demasiado a la puerta.

—Lo habrás soñado, hombre. Esas cosas pasan.

—No, no lo he soñado, es...

Un fuerte golpe se oye metros allá.

Aunque ambos se asustan, ella es la única que se levanta. Con gran agilidad, se cuela entre las mesas y desaparece tras una columna.

—¡Ayúdame aquí, anda!

Truman ahora sí se pone en pie, quizás más adrenalínico que en toda su vida. Los saltones rizos de la inclinada Gracia se dejan ver tras la barra:

—¡Llama a una ambulancia! ¡Se ha desmayado!

Minutos después, la pareja ve desde la puerta del bar cómo introducen al camarero en la parte de atrás del espacioso vehículo. Pese a que no lo vive con frecuencia, Truman no puede evitar sentir empatía con el malhumorado dependiente al entrever la brecha prácticamente a la altura de su bulto.

Gracia se encarga de cerrar el bar y dejarle las llaves a una vecina, alertada por las luces de la ambulancia. Luego, caminan en silencio hasta la parada de autobús más cercana.

—Qué mala pata —rompe el hielo ella—. Debíó de darle un vahído o algo.

—Supongo...

—A ver —cuenta ella, dejando entrever ironía ante la clara duda de él—, siempre pudo

dar un salto muy grande y hacérselo contra el techo. Pero me da que no.

Truman permanece con la mirada entre la acera y el asfalto.

—Yo creo que se resbaló —exterioriza, con los hombros caídos—. Sin que tuviese con qué resbalarse.

Su acompañante lo mira ya sin disimulo:

—Me da que tú tienes mucha imaginación.

Truman guarda silencio y ve el bus llegar, sabiendo tan bien como nosotros que no es lo que más le sobra.

—Es el mío —informa a la chica—. Supongo que nos veremos mañana.

—Te prepararé el café con leche, a ver si ha mejorado.

Truman entra en el bus y saca la cartera, con su habitual calma. Avanza por el pasillo vacío, hasta la altura de Gracia, que permanece al otro lado.

Piensa que ella tiene razón: que está exagerando. Viendo cosas sin sentido donde solo hay casualidades. Debe tranquilizarse.

Agradecido por la inesperada pero —al menos— objetivamente real distracción que le ha dado, la localiza tras el cristal y la despide con una media sonrisa. El vehículo se pone en marcha y, tras una breve parada en un semáforo, vuelve a arrancar.

Solo que, para entonces, Truman ya no está en su asiento.

Ha saltado al lado contrario, y mira por la ventana con los ojos muy abiertos.

«No es posible.»

Y puede que no lo sea.

Sin embargo, el autobús dobla la esquina y él se queda pegado al cristal. Incapaz de entender nada.

(TM. 24 de febrero, tarde)

## 6

—¿Tomás Martínez?

Confirmando sin evitar la mala cara ante el «Tomás» y tomo asiento ante la puerta cerrada.

Tras un mostrador de la misma madera, el joven teclea. Por si no llevase lo que va de día pensándolo, me recuerda que debería estar escribiendo. Suspiro ante la llamada de la responsabilidad.

Solo el no querer volver a ver a Aline como las otras veces me resigna a permanecer aquí. Ella no muerde, ella no dice nada. Pero el ver el disgusto en sus ojos me mata más que cualquier nueva sesión inútil.

La puerta se abre al fin. Una mujer con un bolso en la mano sale de ella y me mira con cierta expresión de susto. Semejante falta de privacidad me pone malo y no puedo evitar pensar que, de llevar un negocio de este tipo, tendría dos entradas. Más allá de la única, aguarda mi obligada pareja de baile:

—Pasa cuando quieras.

—Por decir algo, supongo.

La consulta es pequeña, pero no deja de ser muy de peli americana, con una amplia alfombra sobre la que se asientan un par de butacones que no se miran directamente, separados por una mesa de cristal en el medio. Sobre ella, su habitual libreta de notas espera abierta por la mitad en dos páginas vacías.

—Ponte cómodo, por favor —me indica, mientras se sirve un vaso de agua de una botella de cristal—. ¿Quieres?

—No, gracias.

Con calma, recoge el cuaderno y se sienta ante mí.

—Cuéntame, ¿cómo te encuentras?

Denisse —mi psicóloga, loquera o pérdida de tiempo— es una joven de veintilargos, rubia, con moño, delgada y siempre vestida con pantalón de pinzas, camisa blanca y

americana de diferente color, independientemente de la época del año. No os preocupéis por recordarlo, solo practico descripción como pago por haberme robado la mañana. Podría tratarse de un cincuentón cano de pantalón marrón, corbata y jersey de patrones regulares.

—Me encuentro dolorido, porque tengo dolor.

—No empieces, hombre —bufa ella—. No me hagas decirte otra vez lo de que no tienes por qué estar aquí. Yo voy a cobrar igual. Hagamos algo útil.

Más quisiera.

—Estoy dolorido, es como estoy.

—¿Cómo va lo del trabajo?

—No voy a encontrar trabajo. Tengo una edad, cero experiencia en lo mío, incapacidad permanente para trabajar de lo que sí la tengo y muy mala hostia. No voy a encontrar trabajo.

Apunta algo en la libreta. Obviamente, solo lo hace por joder: no hay nada nuevo en lo que le he dicho o cómo lo he dicho.

—¿Qué haces durante el día, entonces?

—Escribo —sentencio—. Escribo, dormito, limpio, cocino y me quejo hasta volver a ponerme a dormir. Una y otra vez.

—¿No sales de casa?

—Aquí estoy, ¿no?

—Digo a pasear, a comprar, a hacer vida.

«Hacer vida.» Lo que hay que oír.

—No puedo, me duele.

—Pero hasta aquí vienes sin problemas.

—Y me duele, ¿cuántas veces hace falta que lo repita? Me duele, me encuentro dolorido y me tengo que sentar. No soy un viejo. No quiero ir por la calle sentándome cada dos bancos que encuentre.

—¿Cómo es el dolor?

Otra vez. La madre que me...

—Agudo. Largo. Me golpea hasta la sien derecha.

—¿Y lo notas siempre?

—En cama estoy mejor. Cuando escribo también, aunque me acaba dando y me hace parar.

—Y al distraerte supongo que también estás mejor.

No, no picaré.

—Al distraerme me duele igual. Me duele y ya.

—Ya.

Vuelve a anotar algo, o a hacer que lo anota. Quiero irme a casa.

—¿Has vuelto a hablar con sus hijos?

Le preguntaría que con qué hijos, pero para qué alargarlo.

—No.

—Lo hiciste en el funeral, ¿verdad?

Quien calla otorga. Pero si no contesto es porque ella conoce la respuesta.

Aunque insista.

—¿Qué te dijeron los chicos? —Que no fue culpa mía—. Repítemelo otra vez, anda.

—No te diré lo que ya sabes.

—Lo que ya sé es que no te da la gana de curarte. Lo cual me extraña, teniendo en cuenta el valor que le das a tu mujer y lo preocupada que debe de estar.

Uf:

—Por ahí no vayas.

—Mira, tú no me pagas, me pagan los que te podrían pagar a ti la incapacidad. Y sí, podrías irles con el cuento de que me paso con lo que te digo, pero créeme: es un comentario muy común en nuestro gremio. Están acostumbrados y creo que el dinero les importa algo más que un paciente que entra indignado en la sala y sale de ella en el mismo estado. ¿Por qué no quieres curarte?

—Quiero curarme. Pero estoy enfermo. Y las sesiones de fisio no me hacen nada.

—Las sesiones de fisio no te hacen nada porque tu lesión no es física.

Río, cínico:

—Disculpe usted, que sabe de mi dolor más que yo mismo.

—¿Sigues soñando con el accidente?

No la miro. De hecho, me doy cuenta de que lo que estoy mirando es un alargado florero vacío sobre la esquina de la alfombra.

—Sigo.

—¿Y recuerdas algo más?

—No.

—¿Te importaría volver a contármelo?

Cabeceo. Estoy muy harto de contarlo. De contárselo a Aline, de contárselo a médicos, de contárselo a empleados de seguros, de contárselo a policías uniformados y no tanto. Estoy muy harto.

—Navidades. Carretera. Frío. Yo conduzco. Claudio detrás. Sin cinturón, cosas de viejos ricos. Más frío. Y ya está. Un funeral. Un mes de hospital y preguntas como esta. Un dolor que parece que nadie quiere creer. Y ya está. Este microrrelato no va a ganar ningún premio, me temo.

—¿Te saliste de la carretera?

—¡Ya sabes lo que sé!

—Túmbate. Cierra los ojos.

—No cierro nada. —Me levanto—. Joder, sé que es tu trabajo, no te voy a joder el trabajo que seguramente te has ganado, pero no cierro nada: estoy harto. Ya lo veo bastante todas las noches.

Voy hacia la puerta. Mi tamaño me hace moverme con torpeza. Y el dolor, claro.

—No había nada en la carretera, Tomás. —No me detengo—. ¿Ves algo en la carretera?

La dejo con un leve gesto con la mano.

No veo nada.

## 7

Gracia ve entre los rizos cómo Truman sube al autobús, sacando la cartera con una calma que no cree que el conductor vaya a llevar bien. Luego, contempla cómo nuestro hasta ahora protagonista avanza y se sienta ante la ventana a su altura, para pasar a saludarla con una sonrisa de reconocimiento. Por fortuna, el bus se pone en marcha y, aunque se detiene metros allá, quita del rostro de la chica la mueca forzada.

«Cómo están las cabezas», piensa mientras aún percibe su perfil recortado contra el cristal teñido con el rojo del semáforo.

Entre las razones por las que echa de menos su hogar está el que los problemas sean de verdad y de gente de verdad, no inventos de una mente muerta de aburrimiento.

En cualquier caso, sí reconoce lo que le llama la atención el que se hayan encontrado tantas veces en un lugar como ese. Ya sea en un pequeño pueblo o en una gran ciudad, el mundo no deja de ser un pañuelo.

Gracia no es muy de destino, sino más bien de casualidades. Aunque, bien es cierto que pocas veces piensa en ello con su vida de trabajo matutino, clases a primera hora de tarde y estudiar después si los libros le pesan más que la falta de un buen paseo. Lo cual casi siempre ocurre.

Mientras el bus de Truman retoma la marcha ya iluminado de verde, cierra los ojos un momento, notando el cansancio creciendo en sus piernas. Sin embargo, este se esfuma cuando, al abrirlos y en el hueco de imagen que ocupaba el vehículo, algo aparece. Llevándose toda su atención a la otra acera.

Por ella avanza una chica con un precioso vestido de flores, cuerpo regular, ojos grandes, lo que podrían ser pecas en las mejillas y lo que, sin duda alguna, son amplios rizos entre el castaño y el caoba saltando sobre su cabeza a cada paso.

«No puede ser...»

Un instinto extraño la lleva a mirar al bus, que en ese momento toma la curva. Su vista encuentra a Truman pegado al cristal como un niño curioso, con los ojos y la boca muy abiertos. Al instante, la esquina del edificio se lo lleva y ya solo están ella y esa al otro lado.

Esa que no solo es que tenga su mismo corte y tono de pelo. Esa que no solo luce su mirada, su altura, su sonrisa, su caminar. Esa que no es que sea parecida a ella, es que es... ¿ella?

Ella, que llega a la altura de Gracia, al otro lado de la acera. Ella, sobre la que tres personas se abalanzan de pronto. La tiran.

Y apuñalan una y otra vez el floreado vestido.

—¡NOOO!

La Gracia espectadora se lanza a cruzar la calle. Una furgoneta a punto está de arrollarla. Devuelve los pies a la acera. Mira a todas partes. Piensa en cómo cruzar. Y de pronto...:

—¿Está usted bien?

Un anciano la observa a su lado.

—¡La van a matar! —le grita Gracia, señalando al otro lado.

—¿A quién?

—¡A ella...!

Pero al otro lado de la calle no hay nadie. O nadie que sea ella.

Solo una señora guardando un paraguas en su bolso rojo al cruzarse con un tipo renqueando por lo aparentemente pesado de su bolsa de supermercado.

La boca de Gracia se abre antes de hablar.

—Ha tenido que verla... —implora ella—. ¡La estaban matando!

El anciano la mira con cierta lástima. La chica se dobla hacia adelante.

Se pasa las dos manos por la cabeza y cierra los ojos al echarse los rizos caídos sobre la frente hacia atrás.

—Dios, ¿qué me está pasando? —murmura, y vuelve a levantar la vista hacia la esquina donde el autobús ya hace tiempo que no está—. ¿Qué narices me has hecho?

—Más de lo que debería —escucha decir—. Pero esperemos que se quede en nada.

La chica se endereza y mira al hombre a su derecha.

—¿Qué ha dicho?

El anciano a su lado se le hace menos anciano en un momento.

El pelo cano no le resta entereza física a un cuerpo alto, enfundado en un abrigo largo y oscuro no muy lejos de rematar en los negros zapatos. Una bufanda morada de lino cubre su cuello, bajo un rostro sin excesivas arrugas y unos ojos que, de lado, se intuyen de un azul frío, posados donde antes estaba la chica apuñalada y ahora ni siquiera los viandantes.

—¿Qué acaba de decir? —insiste ella.

—He dicho que él no puede saber qué pasa.

—¿Quién es usted?

—Nadie —le responde—. Porque nadie soy para él.

—Pues entonces, ¿quién es para mí?

—Supongo que una salida de emergencia en medio de un incendio que pronto apagaremos.

Gracia niega con la cabeza, riendo amargamente y buscando algún apoyo alrededor entre tanta vaguedad. Sin embargo, se da cuenta de que, de pronto, no hay nadie en la calle. Solo ellos dos.

—¿Qué está pasando? —pregunta, con cierto temblor en los labios.

—No sabría decirle si está pasando algo. Lo único que sé es que usted y yo tenemos que hablar para que las cosas sigan pudiendo pasar.

Ella ríe y mira a los lados.

Sin embargo, nota que algo va mal más allá de las palabras y la falta de gente.

—Dígame qué quiere.

—No es cuestión de querer, pero tampoco es cuestión de que le explique cómo funcionan mis deseos. —Para unos cinco segundos en los que ella decide permanecer callada—. Iré al grano, quizás demasiado, pero lo mismo es. ¿Ha oído alguna vez lo de que el mundo podría ser solo producto de la imaginación de nuestro cerebro?

Gracia lo mira en silencio y duda.

No de si ha oído el conocido argumento, sino de si seguirle la corriente o intentar irse:

—Usted y yo existimos. No tiene que preocuparse por eso.

—Creo que de ninguna de esas dos afirmaciones cabe duda —asiente él aun sin mirarla

—. Lo que ocurre es que no existimos con independencia de todo.

—He tenido un día muy largo, ¿sabe? Por hoy ya he tenido suficiente charla rarita.

—Sobre cosas que son y no pueden ser. En medio de casualidades que se acumulan hasta extremos en que cuesta achacarlas a su definición, ¿no?

Ella lo mira fijamente, aun sin encontrar respuestas.

Su mente busca la coherencia a los acontecimientos, pero el tener que mantener el diálogo mientras lo hace la trastabilla.

—No se preocupe, yo le ayudo —le dice él, con la mirada perdida en la otra acera—. Un experimento psicológico de mucho presupuesto en el que la juntamos con un tipo que, aunque lo crea loco, le abre la puerta a ciertos pensamientos y al lugar en el que se dispondrá a presenciar una representación teatral hecha para confundirla y hacerla dudar de su realidad, mediante el discurso de un tipo de frases largas, experiencia vital y vestuario caro, ¿no? Contratamos un autobús, cortamos la calle y metemos a extras que desaparezcan cuando nos interese, ¿verdad?

—Por ejemplo —asiente ella, aun cuando ni se había acercado a tal idea.

—Algo parecido es lo que haríamos creer a él de llegar al extremo —señala el anciano, indicando con un pequeño gesto con la cabeza la esquina por la que antes desapareció Truman—. Sin embargo, esa misma idea no podríamos sostenerla a largo plazo con usted.

Ella ríe:

—A mí me vale. ¿Por qué no?

—Porque usted ha visto ese vestido antes, ¿verdad?

—¿«Ese vestido»...? ¿Qué vestido? —ríe ella.

Pero, al instante, una sensación afilada se le clava por debajo de las costillas, recordando la floreada prenda de la chica atacada.

—No estoy aquí para destrozar todo lo que cree, ni nada por el estilo. —El hombre,

mueve ligeramente el rostro a los lados mientras lo dice—. No busco volverla loca, ni que cambie nada de su vida. Solo necesito que entienda que la realidad es tan compleja y a la vez tan simple como que depende de que Truman no sepa que depende de él. —Aguarda a que interiorice lo que acaba de contarle y luego añade—: No le diga nada y todos estaremos bien.

Gracia lo observa torciendo la nariz y negando, con los ojos entrecerrados:

—No sé qué narices es esto, pero no tiene nada que ver con él. Ese tío es un simple oficinista. No tiene nada de especial.

—Con solo apartarse de su lado, le ha hecho ver algo que no olvidará en lo que le resta de vida. —El anciano vuelve a parar—. No tiene a su suerte, porque se juega más que la locura o la paranoia. —Y acaba—: Tiene una buena vida.

La joven lo mira entonces con tal potencia que haría girarse a cualquiera:

—¿Me está amenazando?

Pero el anciano sigue mirando al frente. Al menos, hasta que la vista se le cae para ajustarse el cuello del abrigo con la fina bufanda:

—Ojalá la amenaza que ve fuese egoísta y hacia usted. Pero yo estoy lejos de ser un matón, y la realidad es que solo quiero seguir pudiendo vivir y disfrutar de mi familia. En eso coincidimos, así que debería poder comprenderme. Piense si vale la pena correr el riesgo de perder todo un mundo por contarle algo que no ha pasado a alguien que nada significa.

Gracia cierra los ojos al apartar la mirada de él, negando.

Para cuando los abre, está frente a un autobús con la puerta abierta.

—¿Sube?

El conductor la observa, expectante. Ella busca desorientada al anciano a su alrededor, pero no hay más que personas que hacen su vida por las calles.

—¿Sube o no?

La chica monta en el vehículo, buscando la cartera con una temblorosa lentitud que hace que el conductor resople. Luego, avanza hasta atrás y toma asiento en el que antes vio desaparecer a Truman.

Incapaz de ahogar un suspiro, trata de convencerse de que ha sido una ilusión, una «ida de olla momentánea por quedarse pasmando».

Doblando la esquina, puede ver cómo, sobre la acera en la que estuvo esperando, permanece abandonada una bufanda morada.

(TM. 26 de febrero)

## 8

El timbre retumba de extremo a extremo del apartamento. Por desgracia y pese a lo taladrante de su estruendo, lo que su aparición supone me irrita bastante más.

—¿Era hoy? —pregunto mientras Aline sale de su cuarto.

No hace falta ni que me responda: claro que era hoy.

Dejo que sea ella quien abra. Cuando las voces ya se entrelazan en el pasillo, no me queda otra que levantarme del amago de escritorio y avanzar hasta el primero, tratando de disimular el dolor en la pierna. Con la sonrisa, ni me esfuerzo.

—¿Cómo andamos?

Pese a que Aline se ha empeñado en que no me preocupe y siga a lo mío, no hay quien se concentre con esa presencia en casa. Por momentos, me parece escuchar la suave risa de ella al otro lado de la pared, pero al instante hay un silencio tal que me hace dudar de que nada haya pasado.

Llevo sin hablar con él desde la boda, aunque lo que más recuerdo es verlo allí, en la distancia. Con esa mirada de hielo perdida en quién sabe qué pensamientos, por seguro lejanos de la felicidad de su hermana, nunca tan vestida de blanco y nunca tan preciosa.

El cabrón está igual. Le saca un puñado de años a Aline (creo recordar que unos diez), así que debe de rondar los cuarenta. Pero el cabrón está igual. No necesito verlo tras la pared para describirlo con la mayor precisión que lo voy a hacer nunca: no pienso detenerme ni un segundo más en mirarlo.

Martin —con una erre que suena a ge y una i que sin acento lo tiene— es, como su hermana, pequeño y delgado. Diría que está en forma, pero prefiero decir que se trata de un enclenque al que una ráfaga de viento bien intencionada podría llevarse de vuelta a su Francia natal. Teniendo en cuenta que los años ni le rozan, no sabría decir qué edad aparenta: bajo su pelo gris y de corte aristocrático hay una mezcla entre muñeco y robot que solo los dos lunares en la mejilla disimulan. Sí, quizás me he ayudado un poco de su físico para cierto personaje, lo reconozco.

Al otro lado de la pared, el piano empieza a sonar. Su melodía me alcanza como un beso en la parte alta del cuello, haciendo que los párpados se me caigan inconscientemente y tenga que parpadear repetidas veces para retomar el equilibrio. Llevo tantos años escuchando a Aline que reconozco sus dedos con solo un par de movimientos. Sin embargo, sé que nunca me acostumbraré a no desgajarme cada vez que toca.

Aparto las manos de mis propias teclas. Echo hacia atrás la espalda y me dejo llevar por la armonía que solo ella me da, con compases hechos olas que me acunan a la orilla de mi mente rota. Una tras otra. Una tras otra.

Y ahora, el piano suena por otro lado.

Diferencio claramente como un par de manos más han alcanzado el teclado y, en un momento de desasosiego, amo, odio y paso a verme en la perdición a apenas media línea de partitura.

Qué desgraciado.

La pared se convierte en un lienzo de notas colorido, brillante. Cierro los ojos y resignado, me rindo a la evidencia de lo que aún no he contado.

—¿Tu hermano es imbécil? —recuerdo decir.

Y también la risa de ella a mi lado, entre todo aquel blanco ocupando la parte posterior del coche, por una vez, con un conductor que no era yo.

—Mi hermano es distinto.

—¿Autista o algo?

—Más bien, un genio incomprendido.

—Es decir, que está loco.

—¡No! —Aún oigo su risa a centímetros—. Él siempre ha estado muy centrado en lo suyo. Ha hecho cosas muy grandes.

—¿Ser el director más joven de la Orquesta Nacional, me habías dicho?

—No me refería a eso. —Recuerdo que la sonrisa se le apagó un poco—. Él tenía muchos más talentos.

—Tocaba también, ¿no?

—Claro, varios instrumentos. Muchos, en realidad —se corrigió—. Siempre tuvo una gran facilidad. Pero no era solo eso. Pintaba; dibujaba, más bien. Y hacía diseños. También escribía.

El descubrimiento no me sentó muy bien, teniendo en cuenta mi frustrada vocación. Ella también se apagó un poco al decirlo.

—¿Y tenía tiempo de todo? —Aparté la charla, tratando de devolver el buen ambiente.

—Demasiado, yo creo. —Fallé—. De pequeño no dormía más que cinco o seis horas al día. Por lo que cuentan mis padres, los médicos trataron de hacer que lo medicasen: se ve que con nueve o diez años tenía principios de ansiedad. Pero él de aquellas ya se expresaba perfectamente y les decía que le preocupaba no llegar a todo, que prefería dormir menos. Así que le quitaron algunas cosas.

—¿Le prohibieron escribir?

—Sí —me respondió, lacónica.

Viéndola despojada de su permanente sonrisa ligera el día de su boda, yo pasé a odiar a Martin por completo para después no volver a oír más de él, salvo cuando volvía de Viena o Budapest a pasar unos días.

—¿Tom?

—¿Sí?

Creo que me he dormido.

Arrastro la silla de madera sobre el parqué, de puro desconcierto, y descubro a la pareja de hermanos mirándome desde el marco de la puerta. O algo parecido, en el caso de él.

—Martin ya se va.

—Ah, ¿no te quedas a comer? —Al instante, lamento el tono de invitación.

—No —responde ella—. Prefiere irse a casa: está cansado del vuelo.

—Oh, muy bien.

—Si no estás muy ocupado... ¿podrías llevarlo? No quiero que llame otro taxi, no nos cuesta nada acercarlo.

Sé por qué lo hace. Sé que quiere que salga de casa y, de paso, coja el coche. Que no pueda conducir profesionalmente no implica que no pueda hacerlo para este tipo de cosas, y está claro que teme la posibilidad de que le coja miedo al volante. Nunca voy a tenerle miedo al volante.

Cómo me jode que demostrarlo me suponga hacer lo que voy a tener que hacer a continuación.

—No os preocupéis. Yo te llevo, cuñado.

Al cabo de cinco minutos, caminamos hacia el coche como lo haría una pareja formada por un quinceañero y un elefante. No tengo muy claro cuál de los dos soy.

Con su jersey de punto negro y ligero cuello de cisne, parece Jobs a punto de presentar el iPad, pero a la vez... A la vez, el cabrón desprende esa aura que en su hermana me embelesa y en él solo me cabrea. Es como si se desplazase flotando, con unos andares que ya de por sí despiertan en mí la exasperación antes de tener que hablarle, minutos después y ya en el coche:

—¿Te ha costado mucho encontrar el piso?

No voy a decir que parezca sorprendido porque quiera establecer cortesía y comunicación: su inmaculada cara con solo un par de arrugas en la frente nunca parece tener acceso a alterarse.

—¿Por qué iba a costarme, teniendo un taxi y una dirección?

Si ya de por sí nunca mira a nadie a la cara, ¿qué se puede esperar de un escenario en el que lanzar la vista más allá del parabrisas es lo más habitual? Creo que he cumplido, así que no volvemos a decirnos nada hasta estar ya fuera de la ciudad.

Lo agradezco.

—¿Hace mucho?

Aparto la vista de la calzada un momento para descubrir a qué se refiere, pero no reacciona ante mi gesto:

—¿Hace mucho de qué?

—Del problema somático. —Me apuñala sin alterarse—. ¿Has probado ir a un engañabobos? Es un desperdicio estar mal por algo así.

Sé que estoy en condiciones de permitirme gritarle, pero mi corta experiencia con el ente a mi lado me invita a conservar una educación que no merece:

—Voy al psicólogo una vez a la semana, pero no mejora. Básicamente, porque no está en la cabeza.

—Todo está en la cabeza —afirma—. En la cabeza de alguien, me atrevería a decir.

Aunque me joda reconocerlo, me desconcierta, siempre lo hace. El maldito Mozart del XXI. Un puñetero genio en todo lo que se propone.

Me pregunto en qué momento se propuso ser un imbécil.

—¿Te lo ha contado Aline? —respondo, con una mueca.

—Qué gran virtud la concreción.

—Lo del libro. —Por fortuna, los escritores somos seres pacientes—. ¿Ahora eres omnisciente y te vienen las referencias a mi día a día por pura inercia?

—Más bien observo donde otros ven, y en lo que observo veo cosas tales como murales con *post-its* en falsos escritorios con portátiles.

—Pero algo más de eso te haría falta para saber de qué va.

—¿Es que va de que todo está en la cabeza? —¿De veras es sorpresa lo que intuyo en esa voz sin alma?— ¿Ahora te dedicas a la divulgación científica?

Hace que me cabree. Joder si hace que me cabree. Pero no picaré, no: no picaré.

No pienso permitir que me pague el esfuerzo de llevarlo a casa con principios de bruxismo.

—Escribo un relato sobre la imaginación y la mente. Una especie de perversión de *El show de Truman*, pero con efectos en la realidad completa.

El silencio cubre el coche durante unos segundos. Creo que debería alegrarme, pero me temo que me encuentro tan anonadado con su falta de palabras como él parece estarlo aun sin reacción física alguna.

—Básicamente —continúo, porque esto es incómodo—, el protagonista se encuentra en una realidad generada por su mente. Si lo descubre, todo su mundo podría saltar por los aires.

—Así que alguien que sepa de la situación tratará de evitar que lo desvele —me corta—. Habrá quien ponga la justicia de que ese protagonista sepa la verdad por delante de la supervivencia y ese debate entre la justicia de la verdad y la seguridad del status quo dominante acabará por originar el conflicto final entre los seres inferiores y los defensores de la realidad que, de ser tambaleada, puede destruir su mundo, acabando tanto con protagonistas como con los seres antagónicos.

Por un momento pienso en parar el coche. La pierna me molesta, no estoy atendiendo a la conducción y siento un odio puro hacia la persona sentada a mi lado. Esta última ni siquiera parece darse cuenta de que acaba de dejar el nivel de profundidad de mi trabajo por los suelos.

Sin embargo, ya estamos llegando, accediendo a la pista sin asfaltar que da a la casa, cuya desconocida imagen espero con ansia para dejar de escuchar al monstruo a mi lado.

—¿Entonces qué? ¿Prota realista y aburrido? Los antagonistas... ¿una pareja vestida de negro? ¿O el típico anciano ágil y canoso? —Resoplo, deseando gritarle—. ¡Solo nos queda el aliado! ¿Cómo es? ¿Un tío pequeño y gracioso? ¿O le has metido amor? ¿Hablamos de la heroína enamorada?

Paro el coche.

Pero no porque hayamos llegado.

## **PARTE II**

## 9

Truman abre los ojos sin que ninguna cámara lo esté grabando o espectador televisivo alguno observe su despertar. Con la cabeza muy embotada, eso sí.

Apoyado contra el cabecero, echa la mano al despertador aún en silencio sobre la mesilla de noche y lo apaga. Toma aliento, se pone en pie y hace que el blanco pijama de tela y largas rayas azules se contorsione al estirarse. Luego, va directo a la ducha. Con la cabeza muy embotada.

Una vez vestido, se prepara su habitual leche sola con galletas María, se cepilla los dientes prestando tiempo a cada zona y se dispone a salir por la puerta del piso cuando ve que la tele está encendida, en negro.

Recuerda que la noche anterior trató de ver una película de los noventa. También quitarla al no poder centrarse por los extraños acontecimientos del día. Se la habrá dejado encendida tras apagar el ordenador conectado a ella, supone o —más bien— intenta convencerse. La apaga y sale por la puerta cerrando con dos vueltas de llave.

Ya en el ascensor, solo tiene ojos para lo que esconde el puño izquierdo de su anodina camisa planchada la noche anterior.

¿Cómo se explica lo ocurrido? No ya lo del reloj, sino todo.

Vale, podría haber coincidido con ella en diferentes sitios una, dos, tres veces, vale, podría ser. Pero es que, montando en el bus, había dejado a Gracia atrás con unos vaqueros y un jersey para, al momento siguiente, verla llegar por la otra acera con un vestido de flores. ¡Eso no era posible!

Llegando a su mesa de trabajo, no es capaz de deshacerse de la incomodidad. Sí, está muy ordenada con respecto a la del resto; no obstante, ninguna sonrisa ligera pero socarrona le cruza el rostro esta mañana y —por primera vez en su vida— solo se dedica a abrir correos, imprimir documentos, leer parrafadas y cubrir formularios con la esperanza de que llegue el parón y bajar.

Hasta el punto de levantarse antes de tiempo.

—¿Adónde va con la chaqueta? —le pregunta la supervisora—. No es su hora de

descanso.

Sabe muy bien que, si empieza a comportarse de forma extraña, su puesto podría peligrar. Pero hoy el café no es lo de menos.

—Estoy algo mareado. Voy a tomarme algo y subo.

Sintiendo la mirada acusadora de una jefa que lo imagina un vago, se dirige a la cafetería sin ni siquiera suspender el ordenador.

Hoy no hay compañeros que esquivar, pero su mesa es ya la que es.

Aunque el café llegue, en este caso, ya servido.

—¿No está Gracia?

El joven camarero lo observa juntando las cejas.

—No.

Y se retira.

Truman suspira, viéndose obligado a recurrir —una vez más— a su vetado azúcar refinado.

Esperando a que el ceñudo empleado esté fuera de la barra, se acerca a ella y le pide la cuenta a su compañera:

—¿Me puede cobrar?

—Claro.

Recibiendo la vuelta, se atreve a preguntar:

—¿Le ha pasado algo a Gracia?

La mujer también lo observa de hito en hito.

—Tiene médico. Le diré que la echan de menos cuando vuelva. Pero, si me lo permite, olvídense de ella —añade—: no le van los tíos.

—No, si yo no...

—Mejor entonces.

Guardándose el dinero en la cartera, Truman se pregunta cómo podían tener gente antes de Gracia. Oyendo los alegres buenos días a sus compañeros de oficina entrando

por la puerta, imagina que quizás él no sea el tipo de cliente que buscan.

Nada más llegar a casa, se quita la ropa y va a la habitación pequeña.

Mientras cambia el reloj de sus padres por el arreglado Casio, piensa que el día no ha podido ser más largo, pese a costarle recordar la vuelta a casa de mediodía, las judías con huevo y atún, el cepillo, el regreso al trabajo para el turno de tarde e incluso parte de esta. Sea como sea, no ha podido ser más largo y —aunque aún le duela todo— necesita su media hora de correr, así manche de barro el piso entero al cruzar su puerta. Tal vez para la segunda ducha del día se encuentre más despejado y le entre el yogur con cereales antes de la peli que hoy sí que, por seguro, será de los noventa y que, más que hoy sí que por seguro, no será *El show de Truman*. Solo le falta más paranoia.

No sin unos buenos y calmados estiramientos dentro, sale y baja los seis pisos por la escalera antes de alcanzar la calle. No llueve, ni va a llover, así que hace su trayecto entero por el parque sin problema alguno. Y repite.

Necesita el cansancio, necesita el agotarse para poder quitarse de la cabeza esos pensamientos. Corre y corre. Hasta que empieza a sentirse incómodo.

Tiene la sensación ver a la misma gente en los mismos sitios al comenzar de nuevo. Cabecea horizontalmente, se toca la cara. Se asegura de que el reloj que lleva en la muñeca sea el de plástico y piensa en si debe ir a un especialista, pero no sabe ni a cuál.

No cree estar loco, pero no se explica por qué cuando se decide a una tercera vuelta tiene la sensación de ver a la misma gente en los mismos sitios y —lo que es peor— de que no está cansado.

De que sigue en la primera vuelta.

Mira la hora, pero no sabe bien a cuál ha salido de casa, ni cuál ponía cuando comprobó qué reloj llevaba media —o quizás— una hora antes. Con los ojos en todas partes, se apoya contra una piedra grande a un lado y recorre su frente con el pulgar y el índice antes de taparse la boca y los lunares. Casi al momento, corre hasta casa. Abre la puerta sin tener que darle las dos vueltas de llave (¿se ha ido sin cerrarla?). Se mete en la ducha tras quitarse la ropa, aun con el triple de esfuerzo, casi seca de sudor. No quiere pensarlo.

Saliendo del baño y pese a la calma con la que se ha secado y vestido el blanco pijama de tela y largas rayas azules, se da cuenta de que es muy temprano y no sabe qué hacer. No toca limpiar, no toca ir al supermercado, no toca llamar a casa y es demasiado pronto para cenar o ver la película.

Camina hasta la ventana de su habitación: el aire le vendrá bien. Notando el fresco en el pelo aún algo húmedo, piensa en volver y secárselo completamente. Sin embargo, algo llama su atención en la parada donde coge el bus todos los días.

«¿Gracia?»

Se mete dentro poco menos que de un salto, dispuesto a bajar. Necesita hablar con ella, necesita que alguien le explique lo que vio ayer.

Sin embargo, encontrándose con ropa de cama y conociendo la frecuencia de paso de los buses de la zona, sabe que no llegará. Recuerda también el ceño fruncido del camarero de la mañana, así como el desprecio en el tono de la de tras la barra. Concluye que es mejor esperar al día siguiente, pues qué más da un día más, ¿no?

Se decide a volver a la ventana y ya. Quién sabe si la chica, al verlo ahí arriba, tal vez elija dejar ir el bus y quizás subir a charlar del tema. O no: no.

Truman se convence de que eso es ridículo. Así que se limita a sacar la cabeza de nuevo para tomar el aire, resfriarse y de paso observar.

A alguien que ya no está donde estaba, sino intentando cruzar, con aparente desesperación.

«¿Qué está haciendo?»

Truman se inclina sobre el alfeizar y mira su acera. Solo ve a una mujer guardando algo en un bolso rojo al cruzarse con un tipo renqueando, aparentemente, por el peso de su bolsa de supermercado. Truman devuelve la vista a Gracia. ¿Lleva la ropa de ayer? Ahora parece estar hablando a una niña, junto a ella.

La pequeña aparenta unos nueve o diez años y tiene un frondoso pelo ondulado y rubio, que le cae sobre un bonito vestido de flores quizás no muy apropiado para la temporada. Parece llevarlo ajustado a la cintura con un ancho lazo morado.

Truman nota entonces cierto frío en los pies. ¿Está descalzo? Él nunca va descalzo, ¿en qué momento...?

A su manera, se apura para alcanzar las zapatillas, en el baño, y vuelve a la ventana lo más rápido posible.

Pero la niña ya no está. Solo Gracia.

Mirando fijamente a un autobús que parece esperar a que suba.

Al cabo de unos cinco segundos, la chica lo hace y desaparece de la vista. Así como el vehículo, segundos después, tras una esquina.

Truman cierra entonces la ventana y se va a cambiar de reloj.

En el salón, la televisión se enciende sin que nadie la toque.

(TM. 2 de marzo)

## 10

Vaya mierda.

Me llevo las manos al pelo y lo echo hacia atrás, notando las yemas aplastar la fina piel contra el cráneo. Estoy bajo. La inactividad de estos días me ha hecho perder el ritmo. Tendré que repasarlo y cambiar cosas. Más allá de las ya tocadas, claro.

¿Cómo pude caer en el cliché del viejo, incluso en el de la enamorada, a estas alturas de la vida? ¡Joder!

La nueva niña mola. Es cuca, es perturbadora... mucho mejor que el anciano. Y el amor... que deje paso al realismo. ¿En qué momento una tía como Gracia se iba a fijar en un tipo como Truman? Ya llega de milagro con que yo esté con alguien como Aline. Está claro que la realidad supera a la ficción.

Viendo la hora, supongo que debe de estar tocando. Ya no puedo oírla.

La nueva sala del piano está casi al otro lado de la casa, o más bien mansión. Yo he instalado mi portátil en la biblioteca, con grandes ventanales al norte y el imponente escritorio en el que trabajo.

Estirándome sin problemas o crujidos en la comfortable silla de despacho, me voy resignando a pensar que lo de vivir aquí temporalmente tal vez sea una buena idea. Supongo que el único motivo por lo que me costó asimilarlo fue lo rápido que pasó todo.

—He hablado con mis padres.

—¿Se vienen o algo?

—No, no. Ya sabes cómo están —negó Aline, agitando la mano con levedad—. Me han comentado una cosa... y creo que tienen razón.

—¿Sobre tu hermano? ¿Lo vais a desconectar?

—¡No! —Rio, dándome un ligerísimo empujón, creyéndome de broma. Puede que así fuese—. Me han dicho que deberíamos irnos temporalmente a casa de Martin.

La miré sin entender. Ella continuó:

—No quiero que lo siguiente parezca que te echo la culpa o algo. Me conoces y sabes que no. Pero bueno, vamos algo justos. Y allí no tendríamos que pagar el alquiler.

Ya, pero...

—¿Y tu hermano?

—Martin tendrá que parar un tiempo cuando salga del hospital. Aunque me imagino que preferirá contratar a alguien, creo que le vendría bien ver caras conocidas. —Ante mi expresión, añadió—: Aunque la casa es grande, ¿eh? No tendríais que estar juntos mucho.

No supe bien qué decir.

—Sé que no te gusta. Pero no te preocupes, no le debes algo por estar allí —me dijo—. Aquí ya no hacemos nada. No es lejos de la academia: estoy a quince minutos en coche. Y allí podrás escribir. ¡Y salir a pasear por el jardín sin parecer un viejo a nadie! Piénsatelo al menos.

¿Qué iba a tener que pensar? Tanto sus padres como ella tenían toda la razón, así que aquí estoy. Con los títulos y los trofeos aún en una caja a un lado del escritorio, pero no teniendo que esconder este detrás de un armario para poder tener un salón.

El de la casa está sin estrenar, en la habitación contigua a la sala de música al fondo de la planta baja. En este piso hay también un par de baños, la cocina y el amplio cuarto en el que ahora trabajo.

Esta biblioteca sube hasta la parte más baja del tejado de la casa, con una escalera de madera que sobrevuela la puerta por la que se entra, a la espalda de mi mullida silla de oficina, aprovechando lo alto de las paredes para la función que da nombre al espacio. A esta preciosidad no le hacen falta bloques a media sala: los libros se extienden por todas las paredes del habitáculo con estantes encajonados en ellas, dejando un centro espacioso, en el que un par de butacones y una mesa con un tocadiscos acompañan al escritorio frente al ventanal que cubre la cara norte, donde escribo.

Del resto de la casa, poco más que contar. Fuera, un jardín con césped, rodeando la construcción salvo por la entrada al garaje, en el sótano. Arriba, dos habitaciones bastante amplias, con sendos baños y camas de matrimonio, bajo respectivos cuadros

sin firma que imagino por él pintados. El pasillo entre ellas está cubierto por dos tragaluces de su mismo largo que cortan el tejado por la mitad, dejando ver el cielo día y noche.

En definitiva, pienso que cualquiera podría resignarse a vivir aquí por una temporada.

Aline vuelve a mi lado mientras pico cebolla para una tortilla en la isla en medio de la cocina. Supongo que esperáis que os diga que la hortaliza es de la huerta fuera y los huevos, de casa.

Y qué más.

—¿Te duele? —me pregunta, llevando su blanca mano al extremo de mi frente y haciendo que, al contacto, sienta las chispas saltar en mi interior—. Ya casi ni se te nota.

—Ya estoy bien, sí. Aunque me temo que no podré fingirme un coloso iderribable nunca más.

—¿Se bajó del coche?

—Más bien me sacaron.

—Parece algo complicado, ¿no cree?

—Bueno, no a peso, joder. Me refiero a que me estaban apuntando.

—¿Una pistola?

—Algo con cañón y pequeño. Supongo que sí.

—¿Y entonces qué ocurrió?

—Me dieron con un bate. En la cabeza.

—¿Una pistola y un bate...?

—Pregúnteselo a ellos.

—¿Cuántos eran?

—No sé. Por delante aparecieron dos, pero al intentar huir, vi a otros dos o tres por el retrovisor.

—¿Dos o tres?

—Dos, creo. —Silencio—. Estaba nervioso, ¿vale?

—¿Qué querían?

—No me dieron tiempo a preguntar.

—¿Pero estaban ante la verja de entrada?

—No. Antes. Bueno, no sé: no llegué a ver la casa, nunca he ido.

—¿Y cómo llegó allí entonces?

Um...

—Conocía el camino de pasar por delante algún domingo. Aline solía decirme que por ahí se entraba a la casa que tenía su hermano.

—Tenía entendido que usted trabajaba los domingos.

—En diez años de vida en pareja hay muchos domingos.

La agente guardó silencio y sonrió.

—¿Puede describir a los atacantes?

—Vestían de negro. Encapuchados, con pasamontañas. Muy de atraco.

—¿Hombres? ¿Mujeres?

Pssss.

—Creo que hombres, los de delante al menos. —Luego, añadió—: Lo tengo borroso. Me parecen todos el mismo.

Una vez más, una sonrisa, sobre el soso uniforme negro.

—¿Se lleva bien con su cuñado?

—No tengo relación con él. Solo hemos hablado un par de veces.

—¿Sigue su trabajo?

—Soy más de leer. Mi mujer es la de la música.

—¿Nunca ha ido a verlo tocar?

—Nunca.

—Suenan raro. Los familiares suelen hacerlo.

—Aline se acercó alguna vez a escucharlo. Pero yo tenía que trabajar.

Y cero ganas.

—¿Diría que le tiene envidia?

—¿«Envidia»? —Ja—. No es un hombre precisamente encantador. Puede que yo no sea un tipo que llene auditorios, pero prefiero quedarme en ser alguien con emociones antes que ser... *eso*.

—¿Es usted una persona emocional?

—Más que mi cuñado, seguro.

—Su cuñado está en el hospital, inconsciente, por una soberana paliza. Una que bien podría haberle dado una persona emocional.

—Pues entonces no me vea como tal. Me da que tras años cubriéndole la espalda a Claudio Pujaldes tengo lo suficiente de frío como para no hacer semejante chapuza y darme con una cuchara en la frente.

Ella sonrió de nuevo. Más bien, seguía sonriendo desde minutos antes.

Me repatea recordarlo: ¿desde cuándo en la realidad sonríen? ¿Desde cuándo acusan con esa facilidad?

Hasta en el *Truman* previo a Martin hubiese evitado semejante cliché.

—Puede irse. Pero esté en contacto. —Y, cómo no—: Espero que su cuñado despierte pronto.

Me levanté y le di la espalda, para ver cómo el segundo agente —ya no tras la mía— me abría la puerta.

Por un momento, al salir, creí ver en el reflejo del falso espejo a un lado un pelo rubio y una americana roja a la mesa del interrogatorio.

Pero no: eso no pasó.

# 11

Sigue sin entender cómo pudo tener tal suerte como para que le mantuviesen el viernes libre habiendo ido al médico el día anterior. Que sí: que es una ausencia justificada y lo que queráis, que no debería afectar. Gracia piensa (y sabe) que para alguien en su situación es casi un milagro.

Tras los habituales cincuenta abrazos y besos en ambas mejillas, la chica se pone el delantal y pide que le digan de qué se encarga. ¿Acaso creáis que aprovecharía para descansar?

La chica está de vuelta en casa, dispuesta a aprovechar el inesperado puente para ayudar en el restaurante. Con suerte, podría estudiar algo a media tarde y primera hora de la mañana si se acostase pronto. Por fortuna y valga la paradoja, parece que no podrá: el buen tiempo ha traído buenas noticias al negocio, en el que se suceden las mesas repletas de comensales.

—¿Desde cuándo estamos tan bien? —pregunta en una entrada a medio servicio en la cocina repleta de superficies metálicas.

—No sé qué ha pasado hoy —le explica su padre, mientras hace saltar un revuelto de huevos, espinacas y gambas sobre un fuego azulado e intenso—. Deben de venir por ti.

Gracia sonríe, dejándose embriagar del aroma a especias.

Puede que, en el fondo de su pensamiento, el suceso más extraordinario de su vida siga aún latente. Sin embargo, ahora se encuentra a muchos kilómetros de ello.

Lo cierto es que no le está siendo difícil seguir el consejo de la pequeña de cinturón morado. Llegando a su piso en la ciudad, con la cabeza echa un maremoto, se había encontrado con un recordatorio de que al día siguiente tenía cita médica. Asustada por no haber avisado en el trabajo, llamó a su jefa, pero al parecer ya la había alertado de ello tiempo atrás, «¿no te acuerdas?».

No, no se acordaba, pero mejor: un encuentro menos con el omnipresente oficinista. Nada más salir del médico había pasado por casa y se había puesto al volante, dispuesta a irse unos días bien lejos de las cosas raras.

Por mucho que la pequeña hablase como un anciano, no es que Gracia se creyese demasiado la historia. Por otro lado, si algo tiene esta mujer dentro es practicidad, y sabe de sobra que no le cuesta nada dejar de lado a semejantes personajes. No es que Truman no le cayese bien, es que no deja de ser la típica persona del montón con un puesto de trabajo corriente que se puede encontrar dando una patada a una piedra. Ella no está en época de amistades: la nueva ciudad quedará atrás en cuanto los conocimientos y las ayudas para recién titulados estén en su mano. Debe centrarse en lo que debe centrarse.

En este caso, es una parrillada de tres kilos en su mano derecha entre un laberinto de mesas de mantel de papel y ocupadas sillas de madera clara.

—Aquí tienen. Que aprove... —Lo mira, con ojos grandes sobre las pecas. ¿Es quien cree que es?— Vaya, ¿ya está usted bien?

El supuesto camarero accidentado el día anterior la observa de hito en hito:

—Creo que se equivoca.

—Oh. —Gracia no puede evitar buscar el rastro de la brecha en la cabeza del cliente, pero no tiene éxito—. Disculpe, me habré confundido, sí.

Vuelve a la metalizada cocina con una sonrisa, pero extrañada.

—Calamares a la 5, Gracia.

—Voy.

Y sale de nuevo, sin conseguir que la mirada no se le escape entre dos rizos en el extremo de la frente.

Juraría que es el mismo. Vamos: solo le falta cojear, cosa que no va a hacer sentado, claro.

—Cuidado, tía.

—Uy, perdón. —A punto ha estado de arrollar a su hermana—. ¡Unos calamares por aquí!

Al fin en cama, se duerme en segundos. Han sido tres días agotadores, y aún le queda el domingo.

En la noche del jueves, había aguantado lo suficiente despierta como para plantearse que no recordaba la última vez que el restaurante había estado tan lleno fuera de fin de semana o festivo. No creía que fuese una fecha especial para las comidas de empresa, y menos en jueves; sin embargo, no había podido parar en ninguno de los dos turnos. El viernes había tenido unas características bastante parecidas, mientras que hoy sábado, directamente, se habían visto obligados a poner mesas que habían mandado al trastero tras el restaurante para no dar sensación de vacío día tras día. Al parecer, eso se ha acabado.

Tal vez debería volverse ya de la ciudad: está claro que la necesitan más aquí.

Quizás por falta de tiempo para razonarlo antes de que el cansancio la mate, sueña con ello buena parte de la noche. Con que sirve y sirve platos de comida a camareros de otros bares con bultos en la cabeza, mientras la campanilla de que un nuevo pedido está listo le retumba en la nuca una y otra vez, una y otra vez...

Despierta con la frente fría y los rizos mojados en torno a ella. Echando la mano a la mesita de noche, descubre que son solo las cinco. Más allá, su hermana ronca ligeramente, afectada por el cansancio.

Gracia se levanta al baño. Se aprieta un brazo sintiendo el dolor de las agujetas y, al sentarse, sisea por los dos puñales en la parte posterior de los muslos.

La nueva situación no puede ser casualidad, piensa. Al otro lado de la blanca estancia, casi puede verse en la parada, escuchando a la niña decir que tiene una buena vida. Y claro que la tiene: si esto sigue así, habrá cumplido con lo que deseaba. Ganan bastante. En un tiempo, podrían pagar a nuevos cocineros y camareros, dejar que sus padres descansen y mandar a la pequeña roncadora a estudiar estética, como ella quiere.

Se siente afortunada. Siente que todo irá bien.

Pero la sombra de que algo no lo está la acuna en su vuelta a la cama y le hace retrasar su sueño hasta que el sol casi regresa.

Cuando llega al turno de tarde-noche, ya no se tiene de pie.

No solo han terminado cerca de las seis de la tarde, sino que no ha podido apenas sentarse entre la ducha, el secarse el pelo y el tener que preparar la bolsa para irse al

cierre. Mañana a primera hora tiene que estar en el trabajo de su ciudad de acogida y no está la cosa como para más días libres. Sabe que eso le supondrá conducir a las tantas de la noche, pero intuye que los dolores del despertar mañanero de dormir aquí le dejarán sin llegar a la cafetería. Por otro lado, la semilla de que le da igual ya empieza a hacerse árbol.

«No vuelvas», le dice una voz dentro, mientras su madre le sonrío más allá, al recoger dos bandejas de patatas. «Quédate en casa, con tu familia.»

Sí, suena bien.

«Allí estás sola. Aquí tienes a todos los que quieres.»

Y piensa que la voz tiene toda la razón, mientras sirve un plato de langostinos más allá.

«Ya lo tienes todo, olvida esas caras largas y quédate con quienes sonrío.»

Tal vez sea lo mejor, rumia, totalmente distraída.

—¿Mesa para cuántos?

—Para uno.

Gracia levanta la vista.

La infantil voz dentro se calla de golpe y deja paso a un potente rugido interno.

Truman la mira, con el rostro casi blanco.

(TM. 3 de marzo)

## 12

Escucho algo. No es frecuente.

Aline ha ido a ver a su hermano y yo estoy solo en el amago de mansión.

Más allá del ventanal frente al escritorio, un pájaro azul y negro da pequeños botes por el jardín. Creo que es una urraca. Por la mañana, son frecuentes graznidos y silbidos varios que por la tarde apenas se oyen. Imagino que con las cercanas noches de primavera y verano llegará el canto de los grillos. De momento, como mucho, solo suenan las gotas de lluvia sobre el tejado y el cristal sobre el pasillo de arriba.

Sin embargo, ahora, escucho algo ajeno a todo ello.

Dejo el calor de la silla aprovechando el cliffhanger. Pretendo seguir, explicar qué hace Truman allí. Empiezo a encontrarme más cómodo, quizás me atreva con algún recurso más osado. Pero antes debo descubrir qué escucho o acabaré desconcentrado y, por tanto, torpe.

Por un instante, mi mente me lleva a creer que es la tele encendida. Sí es cierto que, en todo un lugar común sobre el gremio, aprovecho circunstancias peculiares que me ocurren para dar más fuerza al relato. Sin embargo, lo que pocas personas tienen en cuenta es que, cuando te metes en un texto largo, tu realidad suele acabar también contagiada de las sensaciones de su universo.

La televisión, cómo no, está apagada. El ruido viene de más allá, de la puerta abierta del siguiente cuarto. Que sea la segunda vez que lo piso no hace que me libre de la absurda incomodidad que me genera.

Lejos del estereotipo de madera y cortinas de terciopelo, la sala de música es blanca hasta el mal augurio. Es amplia y no perfectamente cuadrada, trazando una ligera curva en las despejadas esquinas. Las paredes están recubiertas de un tejido acolchado con cierto aspecto de sofá de cuero; por lo que me ha contado Aline, se trata de la parte externa del mecanismo para ahogar el ruido que, ahora, la puerta deja escapar. En el centro, el espectacular piano Edelweiss, también blanco, suena sin nadie en la banqueta. A la que me siento.

Se trata de una base sobre la que poder tocar. El nuevo instrumento dispone de

mecanismos por los que no solo puede reproducir una melodía por su cuenta, sino incluso mover las teclas. Al parecer es útil para componer y ver el resultado de piezas a dos manos sin compañía, aunque también tiene otras utilidades menos serias, como la de cierto vídeo con Aline de nuestro primer año.

En él, ambos fingimos tocar en pareja una popular melodía polaca cuyo nombre ya no recuerdo, sentados a un piano abierto al público. O más bien, si no me falla la memoria, era yo el que fingía, mientras ella improvisaba sobre mi falsa partitura.

Aunque difuso, es un bonito recuerdo.

—Solo será por un tiempo.

—¿Ya has llegado? —le pregunto, mirando a la puerta de la sala.

Pero no está.

Me levanto y callo el instrumento. Me acerco a la puerta:

—¿Hola?

Pero no: no hay nadie.

Busco la hora y compruebo que, efectivamente, le falta más de una para llegar a casa. En fin: hay que ver lo que hace la cabeza al verse en soledad.

Calculando que no podré acabar la parte de Truman antes de que llegue, vuelvo a la biblioteca, apago el portátil y pienso en con qué hacer tiempo.

Si bien debería sorprenderme que el piano se encontrase tocando solo o que el resquicio de la puerta abierta me dejase oír su melodía desde el otro extremo, no es lo que más me maravilla.

Hace tanto que enterré la paranoia en mi vida que ya solo puedo ver ese pasado con cierta condescendencia. Las cosas pasan porque pasan y lo inexplicable está hecho, sin más, de casualidades con tan baja probabilidad que se hacen impensables.

¿Por qué el piano estaba sonando? Seguramente, porque ella se lo hubiese olvidado puesto; tal vez, por un fallo en la corriente que, al volver, lo ha activado. ¿Cómo pudo llegar hasta mí el ruido al borde del final de capítulo? Por ser la segunda teoría cierta o, más posible aún, por lo mucho que me concentro mientras escribo. Incluso, ¿por qué tiro un vaso manchado por el fregadero y se convierte en clara de huevo? Porque esta estaba ahí desde el mediodía. Sin embargo... ¿cómo tiene semejante colección de

libros este hombre si nunca venía a casa?! ¡Eso sí es lo inexplicable!

Tengo la sensación de que, en las paredes de esta habitación, podría encontrar cada título que se me viniese a la cabeza.

Deambulo por la sección de ficción clásica sobre la escalinata, y me decanto por una vieja antología de Poe: para poco más que relato corto me da el tiempo hasta que ella venga. Me siento más cuñado si cabe eligiendo *El cuervo*, pero me cuesta no dejarme seducir por la inquietud de releerlo en una habitación con pájaros tras ventanales, mujeres ausentes y butacas ante puertas cerradas. Encima de la del cuarto está la barandilla de la escalera, pero vamos: no me es difícil imaginarme el busto de Palas.

Para cuando he redescubierto *El gato negro* y *El barril de amontillado*, se oye lo de:

—Ya estoy en casa.

Se me sigue haciendo algo raro, pero reconozco que cada vez menos.

Cuando despierto de la siesta, ella ya no está. Sé que he soñado algo y no ha sido lo de siempre, pero no logro recordarlo.

Más allá del habitual despertar con el accidente de Claudio, acostumbro a revivir hechos pasados de mi vida con él, así como —desde la otra semana— lo ocurrido tras parar el coche con Martin al lado.

Por lo general, en la siesta no acabo de llegar a tanta profundidad de sueño: simplemente dormito para poder llevar mejor el dolor. Sin embargo, esta vez he caído pero bien, hasta el punto de que la nueva ausencia de Aline y la poca luz tras la ventana me llevan a la conclusión de que el sol se dispone a su adiós.

Me levanto y voy al baño. Pese a tener la propia habitación conexión directa con uno, lo estético del cristal a la noche sobre el alargado pasillo me ha hecho adoptar la fea costumbre de ir al que está al otro lado de este. Tan pronto abro la puerta de la habitación, creo entrever algo desaparecer en un extremo.

—¿Hola?

Nadie responde.

Me quito esos pensamientos de la cabeza sacudiéndola levemente.

Durante el primer fin de semana, la sensación de que alguien más andaba por la casa

me había perseguido como un estúpido, pero sé que es obvio. Por un lado, yo estaba aún afectado por lo ocurrido en la pista sin asfaltar metros allá; por otro, no estoy acostumbrado a una casa en la naturaleza.

Un pensamiento recurrente era que se tratase de los cuidadores de la casa, de los que nada sabemos. Obviamente, alguien había limpiado y preparado la casi mansión para la llegada de Martín. Sin embargo, estando él inducido al coma en un hospital, difícilmente podemos preguntarle por quién, o por si les ha pagado. La situación me irrita.

Mientras espero el ruido del motor y las ruedas por la grava, me siento en mi habitual butacón de la biblioteca y prosigo con la antología tan popista como popera. Uno tras otro, los oscuros relatos que en mi posadolescencia leía satisfecho, me van contaminando. Tras *La máscara de la muerte roja*, paro, ya creyendo ver destellos tras la puerta bajo la escalinata.

Me froto los ojos, de nuevo cansado. Trato de mirar por el ventanal, pero la luz de dentro me impide ver lo que hay más allá. Empezando a coger confianza con el lugar, la apago junto a la entrada y me dirijo en la penumbra de la cristalera.

El jardín yace sumido en las sombras, solo iluminado por una luna perlada entre nubes del color del cielo. Es tarde, más que de costumbre. Imagino que ella se habrá pasado de nuevo por el hospital. Por un momento, pienso en llamarla. Lo descarto, imaginándola al volante: temo provocarle un despiste.

En mi anterior trabajo, odiaba esas situaciones y siempre lo silenciaba al entrar en el coche. Claudio, sin embargo, tenía la mala costumbre de que yo pusiese el manos libres para sus llamadas entrantes, con las correspondientes charlas sobre asuntos que, a mí, no me incumbían en absoluto.

Pasa más de un cuarto de hora, pasa más de media.

Me voy del cristal y preparo una ensalada con queso, tomate, nueces y apio. Vuelvo al cristal y sigue sin llegar. Paseo la casa en la penumbra demostrándome ya en ella. Una nueva media hora de reloj dice adiós. Quizás otra. Es entonces cuando escucho la verja de entrada y me vuelvo al ventanal.

Los faros del coche hacen refulgir sus vidrios y el vehículo entra en la parte baja de la casa. Salgo de la biblioteca y bajo por la escalera al sótano en la casi oscuridad. Más allá de la tardanza, algo me hace sentirme incómodamente preocupado, quiero verla cuanto

antes.

Aline ya se ha bajado del coche. Me mira desde el centro del garaje iluminada por los fluorescentes. Parece un ángel blanco.

—Ha despertado.

Me cuesta dormir, pese a la medicación.

No entiendo mucho de comas inducidos o no, pero Martin, al parecer, ha vuelto en sí con el atardecer.

Aline insiste en que aún es pronto para que lo manden a casa, pero yo temo por ello. Mis ojos permanecen más allá de la persiana abierta del cuarto, sobre la nítida sombra de copas de árboles iluminadas. Ahora no es el momento, no, ahora no lo es.

Ella duerme a mi lado, ligeramente agitada. Temo que sea por mi incomodidad, así que acabo por sentarme en la cama y ponerme las zapatillas.

El pasillo brilla blanco y gris bajo la luz de la intensa luna llena, en este momento sobre el cristal. Entro en el baño y me echo un poco de agua en un vaso que antes había creído inútil. Aun con ella, noto la garganta seca. Respirando profundamente, me lavo la cara, dejo la toalla en ella unos segundos de más, contemplo mis duras ojeras tras ella y me repito que no va a pasar nada.

No va a pasar nada.

Salgo al iluminado pasillo. La falta de gafas y la sensación de que voy a despertarla me hacen caminar muy despacio. Con la mirada perdida en el suelo. Concentrado en no hacer ruido.

Hasta que topo con dos pies descalzos.

Levanto la vista y mis ojos encuentran pareja en unos muy por debajo de mi altura. Unos preciosos ojos brillantes a la sombra de un pelo ondulado y rubio.

Bañando plateado un vestido de flores y un lazo morado.

## 13

—¿Para beber?

—Agua.

Gracia se va a la cocina sin haber vuelto a ponerle los ojos encima.

Truman se pregunta cómo no imaginó que su huida iba a acabar en algo así.

—¿Hoy tampoco está Gracia?

—No.

El hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra o camarero de ceño fruncido.

—¿Hoy tampoco está Gracia?

—Tiene día libre. ¿Le cuento que has preguntado dos días seguidos o prefieres la tarifa dos por uno?

—No hace falta, señora. Gracias.

Subió al trabajo, indignado. Ya no tanto por el mal trato ante la simple preocupación porque la hubiesen echado, sino por la sensación de que el mundo no quería responder a su duda sobre lo ocurrido con las dos Gracias.

¿Dónde estaban los veinte encuentros diarios cuando necesitaba respuestas? De eso nada. Solo volvía a haber correos que abrir, documentos que imprimir, párrafadas que leer y formularios que cubrir, sin satisfacción ni esperanza de casualidades.

—¿Qué va a ser entonces?

Truman cabecea:

—Me da igual. Ponme lo que te parezca. O si lo prefieres me marchó.

No será por falta de ganas. Al parecer, de ambos:

—Marchando.

Corriendo por el camino sin barro, había estado intentando dar coherencia a su estabilidad de pensamiento. Tiempo atrás, había leído que la monotonía y la rutina acaban por afectar a la salud mental, así como que el cuerpo busca excusas para romper con ellas de algún modo. Aunque nunca había dejado de encontrarlo absurdo, ahora la duda sí le azotaba. Tampoco demasiado, no nos vamos a engañar.

Él está y estaba bien en la tranquilidad. Vale, vivía una semana rara y puede que le viniesen bien más aguas o cafés acompañados de gente como Gracia. Pero él no sufría de nada relacionado con su calma habitual: esta era el eje de su vida, y los patrones siempre le habían hecho sentir muy satisfecho. ¿Por qué romper con ello, cuando cada pequeño cambio le perturbaba?

Ya se había encargado de la tele. No sabía si el problema venía del propio aparato o del mando, pero lo mismo era: las últimas noches, antes de acostarse, desconectaba su alimentación y el cuento había llegado a su fin.

Más difíciles eran las madrugadas. Donde antes no soñaba nunca, ahora le perseguían extrañas pesadillas. En la del jueves, cojeaba tras Gracia, que caminaba por delante de él con el vestido de flores con el que la había visto aquel día desde el autobús. En la del viernes, el pobre infeliz se veía en la cafetería esperando a que le sirviesen el café, pero los dos compañeros de Gracia pasaban por su lado ignorándole y frunciendo el ceño, mientras a lo lejos sus colegas de trabajo se reían de él tras la columna, de pronto transparente.

—Calamares a la romana para el caballero.

—Muchas gracias.

Claro que se muere por hablar con ella. De eso no cabe duda.

Como tampoco de que sabe que es raro.

Como tampoco de que siente que no debería estar en este restaurante.

El sábado siempre es un día complicado para él. Cada equis semanas suele coger el coche e irse a su hogar con la familia; esta, aunque lo viese necesario, ni tocaba, ni lo

hizo, por supuesto. ¿Por qué iba a hacerlo? Llovía a cántaros, pese a que había leído que sería un fin de semana soleado. Con todo lo que no podía entender en los últimos días, el tiempo era lo de menos, aunque lo encerrase en casa.

Se pasó el sábado adecentándola, o al menos lo intentó con brío. Desconectó la nevera para deshacerse del hielo. Dejó ir dos botes de desatascador por las tuberías. Pasó la bayeta por encima de los armarios subiéndose a una banqueta que, sorprendentemente, no lo dejó en el suelo con su cabeza o alguno de los relojes rotos. Limpió las ventanas a pesar de estar lloviendo y tuvo que secar el suelo con el papel de cocina restante después, notando cómo los cristales volvían a mancharse sobre su nuca. Quizás a propósito.

La cama le recibió agotado, llevándolo a un nuevo sueño extraño. La niña con la que Gracia parecía hablar en la parada lo observaba, de pie, a su lado, entre la pared y el colchón. Él le devolvía la mirada fijamente, con la cabeza sobre la almohada. Desde ella, intentaba decirle algo, pero no podía moverse. La niña solamente lo observaba y lo observaba, mientras él se sentía más y más presa del pánico. Primero, por la inentendible parálisis; a partir de cierto punto, por la sensación de que había algo más a los pies de la cama. La niña también miraba allí entonces, con rostro triste, mientras él intentaba preguntarle qué era, ¡gritarle qué era! Sin embargo, no podía decir nada. La niña, intuyendo su desesperación, se había acercado. Aparentemente desolada, le había puesto las manos sobre la cara, cerrándole los ojos con la palma y sumiéndolo en una oscuridad profunda y onírica.

—Bacalao para el señor.

—Muchas gracias.

Imagina que la otra chica de pecas que corretea por el comedor es su hermana pequeña, y en el alto cocinero de delantal manchado que hace un rato atravesó el salón ve sin dificultades a su padre. Es todo lo que le queda: sabe que no preguntará.

Aunque una parte de él que nunca le ha importado le insiste en que, si está aquí, será por algo.

Esta mañana se había despertado inquieto, sabiendo haber soñado algo raro y queriendo —tal vez, por vez primera— recordar qué había podido ser.

Sí, antes de pensarlo había apoyado la espalda contra el cabecero, pero no: no habiendo puesto el despertador, no tuvo que apagarlo. Tampoco se estiró al ponerse en pie, ni se dio una ducha que sintió que no necesitaba.

Mientras se tomaba la leche y las galletas, con la mirada perdida en algún lugar del mantel, pensó que tal vez debería hacer algo, o acabaría por volverse loco. En cierto modo, desayunando a mediodía, ya lo pensaba: no recordaba la última vez que había dormido tanto.

Quiso buscar qué tiempo iba a hacer, pero —recordando lo del día anterior— simplemente echó la vista tras la ventana. Hacía un día espléndido, con un sol de escándalo que, sin embargo, no notó que calentase. Venga, podía hacer algo, ¿por qué no? Habían pasado dos semanas desde la última vez que había movido el coche, le vendría bien.

Durante algo más de una hora, investigó sobre lugares a los que podía ir hasta que un leve rumor de fondo lo levantó de la silla. ¿Era lo que creía que era?

Pues sí: la televisión volvía a estar encendida.

Herido en el orgullo, la miró entre lo iluso y lo indignado, casi echándole en cara que funcionase sin estar enchufada. Como cabe esperar, al momento se dio cuenta de que lo estaba, dejándolo muy quieto antes de arrancar el cable de la pared, furioso por no poder recordar si lo había desenchufado ayer y decidido a salir del piso, sin dirección alguna, en ese mismo momento.

Por fortuna, se dio cuenta de que —al no haberse duchado— todavía llevaba el pijama de rayas.

Ante el postre, la mente de Truman se esfuerza en calcular el nivel de absurdidad de la situación.

Nadie como Gracia creerá la realidad tras tan incómodo encuentro. Hasta él empieza a dudar, aun cuando sabe de lo ocurrido.

Mientras ataca el flan de huevo, recuerda haber llenado el depósito y salir de la ciudad por la primera opción a mano.

Tras el parabrisas algo manchado por los días pasados en la calle, el cielo seguía tan

azul como desde casa, invitándolo a abrir la ventana y sacar el brazo. Invitación rechazada, claro está, teniendo en cuenta que Truman lo sabía denunciante y que el aire entrando podría dejarle el pelo hecho un fino nido de cuervos.

Tal y como seguramente no le apasione nada, no le apasiona conducir. Sin embargo y con permiso de su desenlace, no puede evitar un mínimo asentimiento al pensar que esta tarde puede haber sido la vez que mejor se lo ha pasado en carretera. Su atención a la conducción le despejó durante las primeras dos horas sin rumbo, alejando de su mente camareros, relojes y demás pensamientos molestos. A partir de esas, vino directamente el automático y la mente yéndose.

En primer lugar, esta le devolvió a su infancia. Se vio en el pueblo de sus padres, jugando solo en la parte de atrás. Se vio en su primer día de clase, llorando por dejar a su madre y tener que quedarse con esos niños desconocidos. Y se vio en una foto de una función de fin de curso a mitad de primaria, en segunda fila, a un lado y medio tapado por la compañera de delante. En realidad, pensó, las tres imágenes están en diferentes fotografías de casa de sus padres.

Luego, el recuerdo le llevó a la adolescencia, en la que su pensamiento no encontró muchas fotos, ni sonrisas. Truman se vio ante él mismo sacando notas buenas, pero nunca las mejores de la clase; incapaz de pegarle bien a una pelota cuando le forzaban a jugar; tratando de huir de los comentarios de sus compañeros sobre cómo les iba con esas chicas con la que él deseaba tener anécdotas. Ya casi ha olvidado cómo se llama cualquiera de ellas.

Antes de que la memoria le hubiese llevado a la universidad, a su trabajo, a su ahora, había parpadeado fuerte, aturdido, casi despertando. Y se había encontrado con que el sol ya se había puesto y no sabría responder a dónde estaba, cómo había llegado o por qué tenía tanta hambre.

Trató de mirar el reloj, pero no lo llevaba. Refunfuñó críticas a los saltos de rutina culpables del olvido y otros muchos males, y pensó en cenar al descubrir que era hora de ello en el salpicadero. ¿Cómo había podido pasar tanto tiempo...?

Avanzando unos metros más, había encontrado un restaurante entre lo de pueblo y lo de carretera y se había bajado del coche. Había entrado, pensando más en lavarse las manos que en dónde sentarse o comer. Y entonces una chica se había presentado frente a él y, con mirada despistada, le había preguntado para cuántos era la mesa.

La mesa era para uno. Aunque le hubiese encantado poder compartirla con ella.

Ahora, ya ha salido del local, sin haber intercambiado más que correcciones con Gracia y un recibo y dos monedas a cambio de un par de billetes. Como mínimo, desearía haberle pedido indicaciones para poder volver a casa.

Avanza por una carretera secundaria, en la oscuridad y sin batería para poder descubrir dónde narices está o si al menos va hacia el punto cardinal idóneo.

«Qué incómodo», recuerda la cena.

Con bastante menos poesía, piensa que ojalá haberla visto antes de que ella lo viese a él y así poder salir antes de que el adjetivo del anterior párrafo doliese. Pero bueno: aquí está y estamos. Ya da igual.

Mañana será un nuevo día de papeleos y, con suerte, podrá escaquearse de bajar a un café que —ahora más que nunca— no vale la pena.

Pum. Pum.

Tan perdido en sus pensamientos como en la realidad, ha pillado un bache que incluso le ha hecho tocar con la cabeza el techo. El coche se le empieza entonces a ir a un lado y él se ve obligado a parar en las sombras de la cuneta.

Ha pinchado. No solo una rueda, sino las dos derechas.

Si Truman fuese cualquiera de nosotros, seguramente gritaría. Le pegaría una patada a uno de los neumáticos. Se haría daño en las palmas intentando hacérselo al volante. O, simplemente, lloraría de rabia ante su mala suerte, acurrucándose en el suelo o el asiento del vehículo.

Sin embargo, nuestro protagonista abre el maletero. Avanza cincuenta pasos contados atrás y deja el triángulo en el asfalto. Avanza cien en el sentido opuesto y apoya el otro. Luego, vuelve al coche, apaga las luces, se acerca al capó y se apoya contra él, perdiendo su mirada en la oscuridad más adelante.

Sin pensar en cómo salir de esta.

Sin pensar en su mala suerte.

Sin pensar en nada.

Hasta que ve dos faros a lo lejos, rompiendo la noche. Hasta que oye el sonido de motor que se acerca. Hasta que intuye el único pasajero.

Que para al lado. Que baja la ventanilla. Y que, tras resoplar sin ningún tipo de disimulo, le dice entre los rizos.

—¿Necesitas ayuda?

TM. 4 de marzo)

# 14

—Has dormido mal.

No es que no haya entonado, es que es una evidencia que ni la mañana escribiendo oculta.

—Una noche extraña.

—La verdad es que no sé por dónde empezar. —Recoge la libretita de la mesa de cristal sobre la alfombra y pasa páginas sin aparente rumbo una vez sentada en su butaca. Esta vez, la americana de Denisse es negra bajo el moño rubio, ajustado con una larga púa—. Por lo que he oído, has tenido un nuevo incidente.

Suspiro. Me suena lejísimos.

—Nos asaltaron. A mí y a mi cuñado.

—¿Y qué te ha supuesto eso?

—Nos hemos mudado a su casa. —Muevo la cabeza hacia delante y hacia atrás, pensando en lo paradójico de la situación—. Estamos bien.

—¿Él vive con vosotros?

—Estaba en coma. Hasta ayer. —No puedo evitar una mueca—. Supongo que pronto estará en casa.

—No pareces contento. ¿Miedo a los dos gallos en el mismo corral?

No.

—Estábamos bien. Empezaba a acostumbrarme a la nueva vida, a lo de tener un buen escritorio para el relato. Me iba bien.

—¿Te encuentras mejor del dolor?

La miro, como si me hubiese pinchado con la púa:

—Estoy igual —miento.

Lo cierto es que entre una cosa u otra apenas lo he notado estos días. Aun así, ahora

siento el hormigueo recorrerme todo el lado derecho del cuerpo.

Aparto la vista a un lado.

—¿Y qué tal van los sueños?

Por el rabillo del ojo, encuentro en el rostro de la psicóloga el de la niña, mirándome fijamente desde el centro del pasillo.

No puedo dejar de verla.

—Ha sido mala semana. Aún estoy afectado por lo de mi cuñado.

—¿Sueñas con él?

—A veces.

Noto que cabeceo afirmativamente, sin mirarla.

—¿Qué tal llevas lo de Claudio?

Otra vez.

—Está superado.

—¿Crees haber dejado de sentir culpa?

Le clavo la mirada:

—No fue culpa mía.

—Pero la gente se cebó contigo.

—¡La gente es imbécil! —El sonido de una silla en recepción me hace pensar en que quizás haya subido demasiado el tono. Pero es que la gente es imbécil—. No saben nada de lo que pasó. ¡Ni siquiera yo sé lo que pasó!

—Los informes hablan de una posible distracción.

—¡No hay tal distracción! —afirmo rotundamente, viendo sus intenciones—. ¡En todo el tiempo que llevé al jefe no me he distraído conduciendo ni una sola vez!

—Bueno, ahora él está muerto y tú tienes aparentes problemas de movilidad en medio cuerpo. ¿Lo estrellaste a propósito o qué?

La miro, notando cómo los ojos me arden por el hastío y la furia. No puedo evitar verla con un uniforme negro y ante una mesa de interrogatorios.

—Estoy harto de que se me acuse. —Me levanto—. No he matado a Claudio. Ese hombre podía tener sus defectos, pero a mí me dio trabajo durante casi quince años y me trató como una persona. Que la prensa no sea capaz de verme como tal no es de extrañar, ni puedo hacer nada con ello. Pero no tengo por qué aguantar que alguien que, se supone, está aquí para curarme me hable como si fuese un criminal.

—Siéntate, por favor. —Pese a que noto cierto retintín en su tono, lo hago. En parte porque sé que, en este caso, tal vez necesite hablar con alguien. Y, en parte, porque no me tengo de pie—. No te acuso, solo busco que recuerdes lo que pasó. Solo quiero cerrar esa puerta abierta para que puedas seguir adelante: no voy a encerrarte dentro.

Me recuesto en la butaca. Al descansar los ojos, siento estar en la de la biblioteca, con la niña mirándome desde la barandilla sobre la puerta.

—¿Cómo va el relato?

—Me está... perturbando —reconozco—. Ni siquiera recuerdo haberte dicho que escriba ningún relato.

—Me lo has dicho hace un momento.

—Obviamente —confirmo—. ¿Cómo si no ibas a saberlo?

Apunta en la libreta, y yo pienso mal.

El texto me afecta y me hace ver cosas que no son.

—¿El texto te afecta y te hace ver cosas que no son?

No sé si estoy durmiendo, cansado o loco.

—El texto me afecta y me hace ver cosas que no son.

—¿Literalmente? ¿Cosas físicas?

—Antes no. Hoy vi a una niña.

—¿Estabas durmiendo?

Me quedo en silencio, con la mirada perdida en el vacío florero aún en la esquina de la alfombra.

—Estaba durmiendo.

—Lo habrás soñado.

Recuerdo cabecear, tratando de ser serio.

—Es la niña de mi relato. No daba dormido, me levanté al baño y he visto a la niña en el pasillo.

Aline me miró con una sonrisa más cerca del romper a reír que de sentir pena.

—Si has dormido como un lirón.

Si hubiese sido otra persona —pongamos quien ahora tengo delante—, tal vez la hubiese mordido. Pero es que esta mañana era Aline.

—Te juro que lo sentí despierto. Bebí agua, me lavé la cara y ella estaba en mitad del pasillo. Mirándome.

—Hay sueños que parecen reales, tú lo sabes bien. —Me abrazó, y de nuevo sentí las chispas saltar en mí—. No te preocupes, estás estresado. Ya sabes que la medicación te deja muerto. ¡Yo no te he oído en toda la noche!

Guardé silencio, viéndola darme la espalda para lavar su taza como quien contempla una actuación de ballet clásico.

Lo cierto es que no recuerdo volver a la cama.

—Siento curiosidad por una cosa —La chica pasa páginas de la libreta, y yo veo venir el cuchillo—. ¿Cómo lleváis en casa el tema niños?

La miro. Me quedo sin palabras.

—A ver, en realidad no es por curiosidad: es que veo cierta posibilidad de que...

—No podemos tenerlos —la corto, una vez las letras me alcanzan—. Lo intentamos, hace unos años. No pudo ser.

—¿Y la adopción?

—No teníamos dinero. Claudio se ofreció a ayudarnos, pero yo... no me vi capaz de criarlos, estando siempre con el coche, no: no quería. Fueron unos meses duros, pero al cabo de un tiempo volvimos a estar bien.

—Entonces, ¿la niña del relato...?

—Nada, no tiene nada que ver. —La falta de unión me resulta graciosa, pero mi mente sigue perdida en la seriedad de aquellos malos días—. Antes la niña era un viejo: la cambié por culpa de mi cuñado.

—... Y se te aparece en sueños cuando él despierta.

Um.

No lo había pensado.

—No me apetece verlo. ¿Vas a decirme que lo visite para pasar página?

—Yo creo más bien que deberías dejar el relato. —Todo mi aturdimiento previo desaparece de golpe. Me siento como si me hubiesen rociado con limpiacristales—. No me mires así: sabes que te está dando problemas. Son muchos estímulos en tan poco tiempo, tienes la cabeza a punto de explotar... Tú mismo dices que te está afectando.

No, eso sí que no:

—Lo siento, pero no. —Niego con la cabeza y aparto la vista de ella—. Ya he tirado suficiente vida sin hacer lo que me gusta.

—¿No te gustaría volver a trabajar?

—¿Qué crees que hago cuando escribo?! —Ahora sí la miro, pero ella pasa a hacer como que apunta algo en el cuaderno—. ¡Ya apenas puedo conducir! ¡Ya no puedo hacer otra cosa!

—Antes casi sales por la puerta sin dar el menor síntoma de dolor —pronuncia lento—. Ahora estás de pie, gritándome, y tampoco pareces mermado.

La miro. Ahí abajo.

Ni siquiera me he dado cuenta de que, de nuevo, me he levantado.

Cierro la boca.

—Lo que más te conviene es descansar. El estrés te está comiendo. —Me habla con calma—. Estás bien: puedes reencauzar tu vida si te mantienes «a dieta» de emociones por unos días. Quédate en casa y no hagas nada. Pasea por sitios tranquilos. Duerme mucho, lee algo ligero. Te voy a recetar otras pastillas.

—¡No quiero más pastillas!

—No te las tomes si no quieres, pero piénsatelo. Piensa en los que quieres, piensa en Aline.

La miro, negando.

—Tengo que acabar el libro.

Recojo la chaqueta y me dirijo a la puerta. Al instante, aparto la trayectoria, sabiendo que a punto he estado de tirar el florero. Lo busco.

Pero sobre la esquina de la alfombra no veo nada.

—¿Has apartado el florero?

La chica me mira, sin poder evitar que el ceño se le arrugue.

—¿Qué florero?

## 15

Si no se escuchan los grillos es solo porque no es verano. Sin embargo, pasa demasiado como para que la pareja no intercambie más palabras que aquellas necesarias para que la grúa del seguro ya esté en camino.

—Siento haber aparecido en el restaurante. —Ambos rostros son pura sombra en la vía mal iluminada—. Sé que no me creerás, pero no ha sido a propósito.

Gracia sigue en silencio un poco más.

Claro que la lógica le dice que no debería creerlo. Sin embargo y dadas las circunstancias, sabe que lo más probable es que Truman esté siendo sincero.

—Da igual. Un cliente más es siempre bien recibido.

De nuevo, grillos que no cantan.

—Creía que me habías dicho que os iba mal en el restaurante.

—Sí. Tú tampoco me creerás a mí, pero sí que estábamos en horas bajas.

—¿Habéis lanzado una campaña o algo? —Truman no sabe de qué habla y se le nota la falta de uso de sus conversaciones largas. Sin embargo, cree que el silencio puede hacerles dura la espera—. Algo tendrás que ver, supongo.

—Puede que algo tenga que ver, pero no: me da que no somos el tipo de negocio que lanza campañas.

Y de nuevo nada, con ella sentada al capó de su coche y él apoyado sobre un faro posterior del suyo.

—Sé que esto te va a sonar raro, pero tengo que preguntártelo —se lanza Truman, y la chica agradece que la oscuridad enmascare la posible reacción a la esperada pregunta—: el otro día, al montar en el autobús, vi algo raro al otro lado de la calle.

—¿Sí?

—Sé que no me vas a creer, pero... —Gracia se esfuerza por no llevarse las manos a los rizos—. Pero te vi venir por la otra acera.

La joven suelta una leve risa, esperando que suene creíble.

—Ummm... Yo estaba en la parada, ¿recuerdas? Sería otra persona.

—Tenía que ser otra, claro —Truman sí se lleva los dedos a la frente, que repasa—. Pero es que era idéntica a ti. ¿No la viste?

—No. Lo siento.

—El jueves por la tarde volví a verte. —Ella observa el oscuro contorno de él, deseando que no siga—. Estabas delante de mi piso, te vi desde la ventana.

—Creo que te equivocas, Truman: yo ya estaba en casa para esas.

La chica duda de si ha hecho bien en no seguirle la corriente. Sin embargo, él no parece dispuesto a contradecirle:

—Sé que no podías ser tú. Pero... tenías que serlo. —Entre las sombras, Gracia puede intuir claramente el dolor en la persona a su lado—. Querías cruzar la calle, pero no podías. Y luego hablabas con una niña...

Un par de luces en la lejanía lo interrumpen.

Una furgoneta rotulada para a su lado y les pregunta por el coche. Durante los siguientes minutos, la atención de los presentes se pierde en ver cómo este es aupado por la pequeña grúa.

—Podría haberme dicho que eran las ruedas. Hubiese traído una y con la de repuesto nos hubiese bastado. —Truman baja la cabeza. Pobre torpe—. ¿Y a dónde se supone que va? —Al decirle la ciudad, el difuminado conductor se carcajea—. Venga ya, no fastidie.

Truman agradece la penumbra, fruto de los faros perdidos en el asfalto. Las piernas le flaquean, también parte del alma. Lo que menos necesita es tener que aguantar esto de quien se supone que, en ese momento, trabaja para él.

Gracia, pese a las sombras, ve claramente la desesperación en su rostro. Suspira y mira hacia el cielo con los tirabuzones escurriéndosele a los lados de la cara.

—No se preocupe: yo lo llevo, que voy hacia allí. —Ambos la miran, con gesto muy diferente—. Si está todo firmado, váyase a casa y duerma. Bastante mal lo ha pasado el hombre como para tener que aguantarle a usted.

El conductor se revuelve, dispuesto a decirle algo, pero a paso y medio se detiene y

parece pensarlo mejor:

—Llevaré el coche mañana a primera hora. Que tengan buena noche.

Y, sin más, se monta en la furgoneta y se marcha, dejándolos solos en la oscuridad sobre el asfalto.

(TM. 4 de marzo, tarde)

## 16

No es que quiera hacerle caso a la loquera, pero voy a parar antes: las escenas de carretera me están emparanoiando un poco.

Salgo a la cocina y bebo un vaso de agua sin nada extraño, apoyando la mano sobre el mesado.

Los tiempos del relato me despistan. Cuando el capítulo cierra a media tarde, me cuesta percibir que debo hacer la comida; en capítulos como este, no entiendo que aún quede luz más allá de las ventanas.

Aline volverá a llegar tarde. Tras la academia se va al hospital. Más por educación que por ganas, me he ofrecido a ir a ver a Martin, pero ella me ha dicho que sigue muy débil, que espere unos cuantos días. Yo espero que el que los espere sea él allí. Y, pudiendo ser, sin ella.

Tirándose media mañana y tarde fuera por él —más la academia, más los trayectos—, paso demasiado tiempo solo para lo que tal vez necesite. Para escribir me viene bien, pero la antes añorada sensación de estar lejos de la gente, ahora, me incomoda.

Me pongo una chaqueta abrigosa, salgo al jardín y me siento en un pequeño banco de madera a un lado. Las nubes sobre el arbóreo horizonte tuercen el gesto al intenso crepúsculo naranja, manchando su estampa de largas vetas negras. Viendo la supuesta urraca de hace un día o dos saltando a pocos pasos de mí, pienso en que solo me falta una bolsa con migas para poder sentirme un perfecto viejo. Y eso que la pierna me duele mucho menos.

No llevo bien ese tema. ¿Y si la chica tiene razón? ¿Y si lo tengo en la cabeza?

No, solo hay que verme para saber que no estoy bien. Me levanto la pernera del pantalón y contemplo la larga cicatriz treparme por ella. La pensión tiene que caer: no volveré a dedicarme a conducir.

¿Quién va a contratarme tras el accidente? ¿Quién lo haría, tras lo sucedido?

—Siento lo de ayer.

El hombre en el asiento trasero —con un abrigo largo, pelo cano y bufanda morada— me observó desde el retrovisor durante un par de segundos. Luego, devolvió la vista al móvil.

—Son cosas que pasan. Si no estás despedido, será que estás disculpado.

—Es que... no me entra en la cabeza. ¿Qué narices estaba haciendo? —El recuerdo de aquel lugar me atormentaba entonces y me atormenta ahora—. Con permiso: eres un hombre rico, Claudio. ¿No tienes mil cosas en las que meterte?

—Eso podría decirte yo a ti, ¿no? —Los claros ojos del jefe me taladraron de nuevo, para luego pasar a sacudirse una pelusa del oscuro pantalón—. El poder es un valor perverso y sediento. Nunca deberíamos tener acceso a él durante demasiado.

—Dime al menos que fue la primera vez.

—¿Me estás grabando? —Yo callé. Y él siguió sin esperar la nada de una respuesta negativa o la falsedad de una posible afirmación—: No he matado a nadie. Nadie se ha hecho más daño del que antes se había buscado. Hice lo que sentí que tenía que hacer las veces que lo he necesitado, y no pasa nada. Créeme, Tom: cada uno tiene sus sombras. No mirarlas no les quita verdad.

—¿Qué sombras tengo yo, acaso?

—La lealtad. El silencio. —Cruzamos la mirada en el espejo—. ¿Acaso te crees que todas las maldades tienen nombres desagradables?

—Que no haya contado lo que vi no me hace culpable de semejante majadería. Y menos no habiéndome faltado ganas.

—Venga ya, Tom: ¿me preferirías corrupto? —Noté los ojos en mi nuca, y la risa irónica—. La gente cree que soy un corrupto. «Otro alcalde corrupto más, como todos». Mi único delito es desahogarme.

—¡Pues conduzca usted, joder! —Aún veo el par de gotas saltarme de la boca al parabrisas—. ¡Búsquese una abuela o un abuelo que se mantenga en forma! ¡O contrate un sparring, que digo yo que será más normal que eso!

—No... No entiendes cómo funciona. —Negó él con la cabeza, perdiendo la vista tras la ventanilla. Vi cómo la mejilla se le torcía por la sonrisa del recuerdo—. No es tanto el golpear. Es la sensación de que tienen que aprender. De que hay justicia en el acto.

—¿«De que hay justicia»...?! —Giré la cabeza tan bruscamente que hasta noté que se me iba el coche—. ¿Golpear a un chaval indefenso es justicia?

—¡No son chavales! —me gritó, como insultado— ¡Son drogatas! ¡Escoria, vergüenza de sus padres! ¡Venga ya! ¡¿Qué valor tienen esos niñatos cuando ni siquiera pueden parar los puños de un anciano?!

Cabeceé riendo, cínico, devolviendo la vista a la carretera. A esa eterna carretera negra, de altos árboles y mucho frío.

—Estás mal, Claudio: lo estaban sujetando —le recordé—. No tumbaste a ningún niñato. No moliste a palos a ningún igual. Eras tres, Claudio. ¿Dónde narices ves la justicia ahí?

—Para el coche.

—Tres, Claudio. Dos armarios y tú, mientras él era un crío de veintipocos, solo, delgado y seminconsciente. ¡¿En qué narices piensas?!

—Bájate del coche.

Negué con la cabeza:

—No. Nos vamos a comisaría.

—Para el coche, Tomás. —Noté cómo el tono se le afilaba como un cuchillo. Me dio igual—. Nadie te creará, ¡es tu palabra contra la mía! Te quedarás sin trabajo. Me encargaré de que no vuelvas a conducir.

—No.

—¡Maldito cochero desagradecido! ¡¿Sabes todo lo que he hecho por ti?!

—No. Hoy no, Claudio. No más.

Fue ahí cuando escuché el pitido de un cinturón de seguridad desabrochado. Ahí, vi algo morado pasarme ante los ojos. Ahí, noté cómo me apretaban en el cuello.

Y luego ya no sentí nada.

Al escritorio, con la mirada perdida, me pregunto cómo, recordando todo eso, puede faltarme lo más importante.

¿Cómo puede ser que, por mucho que sueñe, me siga despertando con la sensación de que no me salí por eso? ¿Y cómo pudo si no el jefe atravesar el parabrisas? ¿Cómo, si se encontraba tras mi asiento, estrangulándome con la bufanda?

Mientras el ventanal vuelve un día más a brillar, busco también un porqué.

El porqué de que cada noche me despierte en esa carretera, sabiendo que algo me espera más adelante.

## 17

Truman se pregunta si hubiese podido alcanzar la autopista por su cuenta. La oscura vía ha dado paso a un par de encrucijadas sin señalización y en ambas hubiese elegido la opción contraria a la de Gracia.

Ahora, avanzan por la amplia vía rápida y una señal le indica que van por buen camino. Así como que están demasiado lejos como para que Truman no vaya a dormir menos esa noche que, posiblemente, en cualquier otra en toda su vida.

—¿Mañana trabajas?

Gracia no aparta el rostro de la carretera, pese a lo regular y recta de esta:

—¿A ti qué te parece?

Truman piensa en hacer un chascarrillo con la falta de sueño y el café que ella le podrá poner al fin, pero el cansancio mata lo que podría haber sido su mayor muestra de creatividad en este relato.

Siente sueño, pero a la vez, la sensación de deuda con la chica le hace evitar rendirse a sus impulsos.

Durante un cuarto de hora.

Truman está de pie en una parada de autobús. En la ventana de uno ya perdido, puede ver los castaños rizos de Gracia. Esta mira al frente y no a él, que solo a ella mira.

Hasta que algo llama su atención tras el contorno del autobús.

Gracia viene por la otra acera, con el bonito vestido de flores. «No puede ser.»

Truman mira a una. Mira a la otra. Y esta última avanza hasta prácticamente la altura de Truman, donde tres personas se le abalanzan. La tiran al suelo.

Y la apuñalan.

—¡NOOO!

Truman ve entonces desde la ventana de casa cómo intenta cruzar de acera, abajo. Es curioso, porque la parada que ve no es la misma que aquella a la que da su ventana,

pero bueno: ¿qué podemos esperar? Ahora, vuelve a estar a pie de calle.

Hablando a una niña con vestido de flores y lazo morado:

—¿Quién eres tú?

—Nadie —le responde ella, con voz dulce—. Porque nadie soy para ti.

La chiquilla mira fijamente a la otra acera. Truman la acompaña.

La Gracia del vestido permanece tumbada en el suelo, en un charco de sangre cada vez mayor. Pero Truman no se mueve.

—¿Ese es el vestido que creo?

—Es fácil saberlo, ¿no?

Truman se mira y se encuentra enfundado en un vestido de flores.

Poco a poco y a la altura del estómago, este va tiñéndose más y más de rojo...

—*¡Uf...!*

Despierta junto a Gracia, con dolor en la cabeza.

Se ha quedado traspuesto con esta apoyada en la ventanilla, a la altura de los restos del chichón.

—Lo siento, me he dormido.

—No pasa nada. —Gracia permanece con la mirada fija en la carretera y ambas manos en el volante—. Yo también estoy cansada.

—¿Quieres que conduzca?

—Visto lo visto, me da que no.

Levantando la vista, Truman se pregunta qué ha pasado.

—¿Dónde estamos?

—Hemos tenido que salirnos: la autovía estaba cortada por obras en el túnel. Por el día tienen habilitado un carril, pero por la noche aprovechan. Lo olvidé, pero supongo que da igual.

El camino, de doble sentido y altos árboles vuelve a estar mal iluminado, dando a Truman la sensación de que han vuelto atrás. No hay ni un alma.

—¿Cuánto he dormido?

—Y yo que sé. Un rato. Aún nos queda.

Truman se frota la frente con el índice y el pulgar.

—Soñaba. Con lo del otro día. Con eso que no pasó. —Gracia guarda silencio, así que él sigue. En parte, por desahogo; en parte, por no querer volver a quedarse dormido—.

Estaba en la parada. En la que nos dejamos el otro día. Y tú venías por la otra acera. Bueno, esa otra chica que se me parecía a ti. La apuñalaban.

Nota cómo los brazos de la chica se tensan.

Tal vez no debería haber dicho eso: va a tomarlo por un perturbado.

Más aún.

—Había una niña —cambia la conversación—. También la vi el otro día, el jueves, hablando contigo. Creo que me estoy volviendo loco, no sé.

La falta de luz le impide esta vez ver los labios de Gracia fruncidos hasta el quedarse blancos.

—Le preguntaba algo de si ese vestido era el vestido que creía o algo así. —Niega con la cabeza, riendo amargamente—. Luego yo llevaba el vestido y...

Gracia reduce la velocidad y se aparta a un lado de la inhóspita carretera.

El parecido de esta con la del pinchazo hace que algo se revuelva en Truman.

—¿Pasa algo?

Gracia detiene el coche. Se hace con el bolso, atrás, y saca algo brillante de él. Al poco, se lo pone delante de la cara a Truman.

—¿Era este vestido?

En su mano lleva una pequeña y ajada fotografía de una joven pareja. Un chico con delantal es abrazado por una joven de pelo caoba. Este cae liso sobre una bonita prenda de flores.

A Truman se le eriza el pelo de la nuca.

—Es de cuando mis padres se prometieron —le explica ella, con tono seco—. Mi madre sabía que siempre llevo esta copia en la cartera, así que me regaló el vestido por mi cumpleaños, por hacer la gracia. Todavía no me lo he puesto.

Truman se encoge en el asiento. Siente un frío que va mucho más allá de la falta de sueño, una sensación similar a la del paso de peatones, y sus sonidos, y sus destellos.

Gracia suspira, ablandándose.

—Creo que tengo algo que contarte.

Sin embargo, antes de que pueda empezar, algo la distrae. Y la hace levantar la mirada más allá del parabrisas.

A la luz de los faros, una niña de pelo rubio, vestido de flores y lazo morado camina hacia el coche por el borde de la carretera.

(TM. 5 de marzo)



## 18

Levanto la vista y, por un momento, creo verme en el camino sin asfaltar más allá, en plena oscuridad.

Pero no, al parpadeo me doy cuenta de que es mediodía y de que, más allá del cristal del ventanal y no del parabrisas, la pista apenas se ve.

Dejo la silla y atravieso la puerta de la biblioteca, casi arrollando uno de los butacones. Salgo de la casa y atravieso el jardín, tan aturdido en lo físico, como firme en mi caminar. Abro la verja de entrada y, dejándola abierta, avanzo por la pista, ahora sí, en ella. Me dejo llevar por su ligera curva y, cada pocos metros, giro la cabeza y miro atrás, buscando el lugar exacto.

No tardo en encontrarlo.

Entonces, no se oían los pájaros piar, ni el olor a verde cubría el coche. Sin embargo, casi me parece escucharlo:

«¿Entonces qué? ¿Prota realista y aburrido? Los antagonistas... ¿una pareja vestida de negro? ¿O el típico anciano ágil y canoso de sombrero oscuro? Solo nos queda el aliado. ¿Cómo es? ¿Un tío pequeño y gracioso? ¿O le has metido amor? ¿Hablamos de la heroína enamorada?»

Una bocina me hace volver en mí.

Me giro, y descubro a Aline mirándome al volante, primero con las palmas hacia arriba y luego levantando el mentón.

—Necesito el coche —contesto a su pregunta sin palabras, abriendo su puerta—.

—¿Qué ha pasado?

—Creo que recuerdo algo. De lo de Claudio. Déjame, porfa.

Sale del coche y yo la aparto, embriagado de la ansiedad. Ya dentro, veo su gesto preocupado.

Una preocupación que me mata.

—Estate tranquila. Intentaré llegar para comer.

—¿Adónde vas?

—Tengo que hablar con alguien. Te quiero.

Avanzo marcha atrás por el camino, mirando al retrovisor sin nadie y con su blanca figura cada vez más deformada en el parabrisas. La sensación de déjà vu de la última vez me acompaña hasta alcanzar la carretera.

De hecho, hasta alcanzar mi destino.

Entro en la habitación, sin saber si llamar a la puerta, abierta.

Lo encuentro entre las sábanas de su mundo casi por entero blanco, mirando por la ventana a un lado.

—Te esperaba.

Lo miro, sin poder evitar el rechazo de tanto tiempo de odio.

—¿Cómo estás, Martin?

—Aunque bien es cierta mi anterior afirmación, también lo es la sensación de que no creía que acabases viniendo.

—No estoy para complejidades, cuñado, necesito preguntarte algo.

—¿Y yo podré responderte?

—Supongo que si te da la gana.

—No me has entendido, pero no esperaba menos. Cuéntame.

—¿Cómo sabías lo de mi libro? ¿Cómo sabías lo que iba a pasar?

—Bueno, no es que sea muy complejo, ¿no?

—Déjate de tonterías, sabes a qué me refiero.

—¿Me ves? —Extiende los delgados brazos más allá de los límites del colchón. Del brazo izquierdo le sale la vía al gotero—. La última vez que hablamos del tema no acabó muy bien.

—Cuéntame pues cómo acabó.

—Estoy muy harto de contarlo. —Sonríe profundamente—. De contárselo a Aline, de

contárselo a médicos, de contárselo a empleados de seguros, de contárselo a policías uniformados y no tanto. Estoy muy harto.

Noto el frío.

—Cuéntamelo de todos modos.

—Vuelta a casa. Camino. Un tipo listo. Y un chófer mermdado por una enfermedad que no tiene. Una conversación que no entiende. Ira. Un frenazo. ¿Y qué? Ya sabes qué pasó. ¿Quieres que te diga que este microrrelato no va a ganar ningún premio?

Lo miro negando.

—¿Qué tratas de decirme? ¿Que fui yo?

Ríe, cínico:

—No hay mayor ceguera que la que no se puede ver.

—Vi gente. Encapuchados. Salir al camino. ¿Qué querían?

—«Encapuchados». —Asiente—. Como cuando lo de tu alcalde, ¿no?

Agito la cabeza hacia los lados.

—No recuerdo lo de Claudio, pero sí tus encapuchados, isí el golpe! ¡¿Qué querían?!

Me mira.

Me mira con esos ojos de Aline que en él nunca me han mirado. Con ese rostro con dos lunares, tan parecido a ese otro del que tanto he escrito:

—Sabes bien lo que ocurre. Es solo que tu vida es el ignorarlo.

Me lanzo sobre él, pero no llego a tocarlo sin que un brazo agarre el mío.

Un par de enfermeros, celadores o más bien personas me sacan del cuarto.

La última vez que lo veo, Martin tiene la mirada perdida en la ventana. Tras ella, tengo la sensación de ver un pájaro, saltando por un jardín.

## 19

—Truman, por favor, escúchame: no la mires.

Pero Truman no puede hacer otra cosa. La niña avanza hacia el coche con paso firme y mirada perdida.

Quiere creer que no existe. Piensa que vuelve a estar soñando. Quizás ni siquiera llegó al restaurante.

Sin embargo, no se despierta. Pese a que Gracia lo agita:

—¡Mírame, por favor, no tenemos tiempo!

Pero él no puede oírla. Ni moverse.

La niña alcanza al fin el coche. Abre la puerta. Y la mira a ella:

—Guarda silencio y escucha. Tienes miedo. Y es normal.

—Esto no es justo. ¡Tiene que saberlo!

—No. A veces, la verdad importa menos que el poder seguir existiendo.

Gracia tiembla. Y eso espabila a Truman:

—¿De qué verdad habla?

—No te preocupes, Truman —le dice la niña—. Es todo un sueño, pronto despertarás en casa.

Gracia la observa sin poder evitar que se le abra la boca.

—¿Cómo podéis mentirle a la cara?

Truman no entiende qué ha pasado, pero —al momento siguiente— Gracia está tirada en la calzada.

De algún modo, la niña se ha aupado al asiento del conductor y cierra la puerta. Solo que ya no es una niña, sino una adolescente sin dificultades para encontrar los pedales, reemprender la marcha y ver a Gracia cada vez más deformada en el retrovisor.

Truman nota que está a punto de desmayarse. O, si la cría tiene razón, de despertar.

Pero aguanta:

—¡No podemos dejar a Gracia ahí!

—Ella se lo ha buscado, Truman.

No.

No puede dejarla.

—Déjame bajar.

—No te preocupes, pronto estarás a salvo.

Pero, entonces, algo aparece en la carretera.

—No puede ser...

La chica gira el volante y evita el obstáculo ante la mirada atónita de Truman. Segundos después de desaparecer por el retrovisor, algo idéntico vuelve a aparecer delante. Ella repite la maniobra y acelera. La tercera vez, casi al instante, no consigue ahogar un leve lamento que repite, ya profundo, al volver a toparse con el bulto.

Por última vez.

La adolescente gime. Reduce la velocidad. Y se aparta a un lado de la carretera para luego abrir la puerta, tras la que Truman ve a Gracia sentada sobre el asfalto. Mirándola desde más allá de la, de nuevo, niña.

La joven se levanta del suelo, le pasa un brazo por la espalda a la cría y la saca del coche. Luego se agacha frente a ella, poniéndose a su altura para mirar de frente su hermosa cara:

—No va a pasar nada.

Pero la pequeña llora desconsolada.

—No sabes lo que estás haciendo.

—Ni tú lo que intentas evitar. Cuando crezcas, entenderás que los miedos hay que afrontarlos, tarde o temprano.

La niña niega, con las mejillas perladas de lágrimas que se funden en su pelo rubio. Gracia le sonríe:

—Todo irá bien.

Truman sale del coche. Esta vez sí, con calma inevitable, lo rodea. Temblando, las alcanza.

Y les pregunta:

—¿Qué está pasando?

La niña, al fin, le cuenta todo.

## 20

—Denisse está fuera.

No necesito levantar la vista del ordenador. Tampoco poner fecha al capítulo.

—Dile si puede darme un minuto. Por favor.

Aline me mira y mira la pantalla antes de volver a mirarme a mí. Aún sin ver nada de ello, su expresión me deshace.

Pero ella sabe que es lo que tengo que hacer.

—Le diré que te estás vistiendo.

—No hace falta —niego—. Ella sabe que es lo que tengo que hacer.

## 21

A la mañana siguiente, Truman abre los ojos pensando en que quizás la niña y su gente estén observando su despertar.

El martes, tras haber recuperado el sueño perdido, queda con ella y Gracia en la cafetería de un camarero cojo, para que le explique algo más el tema.

El miércoles, le compra una pulsera de plata a la joyera del reloj y se la regala poco después, al cruzársela por la calle con los que la lógica dictaría que fuesen sus padres, aunque supone que no.

El jueves, sale a correr con Gracia, con la que empieza a tener de qué hablar.

Para cuando llega el viernes, Truman abre los ojos sin que ninguna cámara lo esté grabando o espectador televisivo alguno observe su despertar.

Con la espalda contra el cabecero, echa la mano al despertador aún en silencio sobre la mesilla de noche y lo apaga. Toma aliento, se pone en pie y hace que el blanco pijama de tela y largas rayas azules se contorsione al estirarse. Luego, va directo a la ducha. Una vez vestido, se prepara su habitual leche sola con galletas María, se cepilla los dientes prestando tiempo a cada zona y sale por la puerta del piso, que cierra con dos vueltas de llave.

Ya en el ascensor, piensa en que por mucho que el mundo esté en su cabeza, mientras le deje seguir con su vida, le importa bastante poco.

(Tom. 6 de marzo, antes de ir con ellas)

## 22

Escribo la palabra *Fin*, guardo el documento y apago el portátil. Asiento sin razón en particular.

Aline no se ha movido. Me levanto y, tras una breve mirada a la caja con los trofeos aún dentro, me voy a su lado.

El cielo es azul sobre el jardín. En la verja de entrada, veo a la joven apoyada en el capó de un coche del mismo color que su americana.

—Gracias por esperar —le digo y, no sé por qué, la abrazo—. Necesitaba terminarlo.

Denisse asiente antes de invitarnos a entrar en el vehículo.

Esbozo una mueca al descubrir que, para llegar allí, no solo tenemos que pasar por el camino a la mansión, sino también por la carretera donde murió Claudio.

—Supongo que ya es tarde, pero —me dice la psicóloga— ¿recuerdas algo?

Suspiro fuerte y agito la cabeza, perdiendo la vista tras la ventanilla.

—No —miento.

—Firma una vez en cada hoja, por delante y por detrás. —Lo hago—. La pierna bien, ¿verdad?

—Sí. —Cabeceo, dándole postrera razón—. Supongo que algo bueno hemos sacado de todo esto.

La chica me mira fijamente.

—Pronto volverás a casa —me dice—. Me he ofrecido a llevarte. Y los dos sabemos que, en nada, estarás bien.

Agito la mano, restándole importancia. Luego, pidoirme al cuarto que me hayan asignado.

Tras las pequeñas ventanas en las puertas al pasillo puedo ver personas sentadas o tumbadas en estrechas habitaciones iguales. Espero tener mejor aspecto.

Accedo a la mía y observo su casi vacío. Es algo más amplia que las otras, blanca y sin esquinas: supongo que son ventajas de la voluntariedad. Las paredes, aun así, están recubiertas de un tejido acolchado con cierto aspecto de sofá de cuero.

—Solo será por un tiempo.

Es Aline, que me mira desde la puerta.

Yo le sonrío, roto de dulzura:

—Lo siento mucho, cariño. Lo siento todo.

Sus ojos de hielo me miran sin humedad.

—Yo también lo siento.

Se va, y la puerta se cierra, antes o después.

Para entonces, me siento o tumbo en la cama y pienso en Truman.

En que, al menos, a él sí pude salvarlo.

Y en que envidio su realidad más de lo que nunca he envidiado la de nadie.

# Epílogo

—¿Ya está?

Silencio.

Y después:

—Ya está.

El hombre, sentado en el banco del jardín, lanza migas a un pájaro que se acerca. Tal vez no sea una urraca.

—Pareces descontenta.

—Él lo sabe.

—Claro que lo sabe. Si no, no estaría allí.

—Sabe que fui yo —lo interrumpe ella—. Que el que yo apareciese fue lo que hizo que no muriese estrangulado. Que el accidente fue un montaje.

—¿Y qué, Aline? ¿Quieres irte también? Si te vas tú, ese hombre se muere.

—¿Como Martin?

La mira fijamente.

—Martin está donde se ha buscado estar. Se lo dijo a la cara. «El típico anciano ágil y canoso», «un tío pequeño y gracioso», «la heroína enamorada»... Solo le faltó llamarnos por nuestros nombres.

—Deberías entenderlo.

—¿Cómo no voy a entenderlo, si yo mismo lo he estrangulado? —Claudio Pujaldes se acaricia la morada bufanda al cuello—. Lo de tu hermano no tiene perdón. Yo habré estado a punto de matarlo, pero él casi le descubre su naturaleza. —Niega con la cabeza—. Sigo sin creer que se pensase que hablaba del relato. Maldito cochero egocéntrico.

—Lo que yo no logro entender es cómo Martin pudo convencerle de que fue él quien le dio la paliza en el camino. —La chica no puede evitar levantarse y pasear por el jardín, viendo la pista sin asfaltar más allá—. ¡Es absurdo! ¡Lo sacamos del coche! ¡Le dimos con un bate!

—Tu marido miente: sabe que así fue. —Cabecea de nuevo—. Y si no lo hace, sabes de sobra que la mente ve lo que quiere ver. Recuerda que esta conversación es parte de la suya y nunca va a escucharla.

—Ahora tiene tiempo de sobra.

—Denisse lo mantendrá a raya. Se encargará de tenerlo dormido.

—¿Y qué va a hacer con los sueños?

Pujaldes sonrío ampliamente:

—Te da miedo la niña, ¿eh?

—Creo que no la soñó, papá. —La sonrisa se esfuma—. La escuché en el pasillo esa noche. Tuve que drogarlo para devolverlo a la cama. Estaba histérico. Tuvo que ser la que encendió el piano.

—Una niña de cuento no va a acabar con esto.

Aline niega y mira al cielo gris. A punto está de tirar el alargado florero sobre el césped.

—¿Y qué hay del agujero?

—¿Qué agujero?

—Su Truman soñaba que tenía a la niña delante, que esta miraba algo al pie de su cama —explica—. Tanto tú como yo sabemos qué es lo que mira.

Pujaldes a punto está de saltar del banco:

—Recordemos lo que somos y no pensemos en eso.

—¿Porque si me escucha qué? ¿Todo esto habrá acabado? ¿El fin?

—Pasan los años y te sigues dejando llevar por su creencia. —Suspira—. El saberse creador no es lo que puede romper la realidad, sino la capacidad de alterarla.

—¡Y él la altera!

—¡Pero no sabe manejarla! —El anciano niega, cerrando los ojos—. ¿De qué le vale crear niñas si las teme? ¿De qué le valen las visiones si cree que el cumplirlas son déjà vus, y los déjà vus, fallos de su cerebro? ¡No mueve nada! ¡Tiene la realidad en sus manos y solo ve casualidades, suertes y paranoias innecesarias! ¡No puede tocarnos mientras mantenga la coherencia!

—Y le hemos hecho creer loco, papá —sentencia ella, casi en un susurro—. Nuestras vidas dependen de que su imaginación esté encerrada, ¿y qué hemos hecho nosotros? ¡Eh! ¿Qué hemos hecho nosotros?

Él no contesta.

—Lo hemos encerrado con ella.

*FIN*

## **ACERCA DEL AUTOR**

La obra de Óscar González Soto “Osgonso” (Ourense, 1990) destaca por su prolífica labor como autor de relato corto. En tal campo, ha sido finalista o editado en diversos certámenes, como el Casa del Marqués o el Homocrisis.

True Man es su primera novela publicada, en la que podemos encontrar uno de los temas recurrentes en la trayectoria de Osgonso: las dudas sobre la naturaleza de la realidad.

© 2020 Óscar González Soto